



¡Chúpsame...
LA SANGRE!

Nadie cree en vampiros hasta que
conoce a uno y yo me topé con dos

POR FERNANDO NEIRA



*¡Chispame...
LA SANGRE!*

Nadie cree en vampiros hasta que
conoce a uno y yo me topé con dos

POR FERNANDO NEIRA

CHÚPAME LA SANGRE

Nadie cree en vampiros hasta que conoce a uno
y
yo me topé con dos

Por Fernando Neira

CHUPAME... LA SANGRE

© L.F.S.B.

Editado por sexomio.com

FOTO PORTADA POR SEBASTIAN UNRAU EN UNSPLASH

Impreso en España 2019 Internet:

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización del propietario del copyright, bajo las sanciones previstas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución.

Índice

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[Fin](#)

Supe que ese fin de semana iba a ser de los que hacen época y no exactamente por bueno. Tras una noche de jueves que empezó bien pero que terminó con demasiado alcohol, me levanté con un puñal atravesándome la sien y no podía echarle la culpa a nadie más que a las tres botellas vacías que esperaban en silencio que un alma caritativa las echara a la basura.

«¡Menuda resaca!», pensé mientras me prometía como tantas otras veces que es mismo viernes iba a dejar de beber.

Con la boca pastosa, apagué el despertador e intentando mantenerme en pie, salí rumbo a la cocina. Mi idea inicial era preparar un litro de café que me permitiera sobrevivir esa mañana, pero apenas había dado dos pasos cuando mi teléfono comenzó a sonar.

Su estridente sonido zumbó en mis oídos con inusitada dureza y desesperado corrí a cogerlo.

«¿Quién coño llamará a estas horas?», murmuré.

Mi cabreo mutó en acojone al contemplar en la pantalla que era Toledano mi mejor cliente. Por experiencia sabía que ese oscuro inversor era un ser noctámbulo y por ello comprendí que nada bueno podía derivarse de esa llamada.

—Simón, ¿en qué te puedo ayudar? —tratando de aclarar mi voz pregunté.

Para mi sorpresa no era ese viejo frío e insensible, sino su secretaria y estaba llorando. He de decir que al escuchar sus lloros supuse que algo grave debía de haber pasado con su jefe. Aunque hice todo lo que se me ocurrió para que se tranquilizara y me contara cuál era el problema, me di por vencido cuando después de diez minutos al teléfono había sido incapaz de sonsacarle nada coherente, a excepción de que tenía que ver con alguien de su familia.

Por ello vi el cielo abierto cuando destrozada y sin poder seguir hablando, Juncal me pasó a Simón. A éste se le notaba también triste pero no tanto como ella y por fin me enteré de que estaban en la comisaría de Argüelles porque habían detenido a la hija de su secretaria. Me extrañó que estuviera tan afectado porque no en vano le había visto firmar un despido colectivo que mandaba a la puta calle a dos mil personas sin inmutarse.

—¿De qué la acusan? —pregunté.

—De asesinato —contestó mi cliente.

Admito que me esperaba otra respuesta. Había supuesto que se le habían pasado las copas, pero nunca se me pasó por la cabeza que fuera por algo tan grave.

Ya despierto del susto, quise saber a quién se suponía que había matado y fue entonces cuando me informó que la responsabilizaban de al menos media docena de muertes.

—¿Qué has dicho? —pregunté pensando en que lo había oído mal.

—La policía sospecha que es la asesina en serie que lleva actuando todo el año en Madrid.

Cómo no podía ser de otra forma, me quedé mudo. Durante los últimos seis meses los periódicos no dejaban de hablar y especular sobre una femme fatale que se dedicaba a matar a jóvenes universitarios.

«¡Putra madre! ¡Pobre Juncal!», pensé mientras intentaba ordenar lo que sabía del caso.

Así recordé el haber leído que, desde el principio, los polis habían especulado desde el principio que la culpable era una mujer, dado las víctimas eran heteras y aparecían atadas sin signos de haberse defendido, como si se hubiesen dejado maniatar voluntariamente.

«Se supone que la asesina primero los seduce y por ello no se defienden, pensando que se trata de algún tipo de juego erótico hasta que es demasiado tarde».

Que todos fueran fuertes y deportistas no había hecho más que incrementar el interés del público, pero lo que realmente había convertido ese caso en un filón de oro para los periodistas había sido el método usado para acabar con sus vidas:

¡La exanguinación!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar que según los diarios los dejaba totalmente secos, ¡sin una gota de sangre! Y que por ello habían puesto a la supuesta culpable el sobrenombre de “la chupasangre psicópata”.

Tras aceptar el caso, pedí a Simón que le dijese a Juncal que en cuanto me vistiera iba hacia allá y que mientras tanto que no hablase con la policía y todavía menos su hija, no fuera a ser que luego se tuviese que arrepentir de lo que hubiese dicho o declarado.

—No te preocupes. Eso mismo fue lo primero que le dije al saber de lo que la acusaban.

De camino a la comisaría, no dejaba de pensar en lo que estaría pasando por la mente de Juncal y lo difícil que sería aceptar que su niña pudiese estar involucrada en algo tan siniestro. Conociéndola, no me cuadraba tuviera una hija de esa edad como tampoco que le saliera tan descarriada.

«Debe estar muy jodida», medité impresionado.

Pero lo que realmente me tenía mosca era qué tenía que ver Simón Toledano en ello y a qué se debía la importancia que le daba al tema. Las malas lenguas decían que esa morenaza, además de secretaria para todo, era su amante y aunque hasta ese día nunca me lo había creído, su actitud apesadumbrada me hizo pensar en que era cierto.

Meditando en ello, comprendí el mutismo de mi cliente:

«Lo primero que se pide a alguien de su profesión es tener fama de ser serio y honrado, sin mácula de sospecha» me dije mientras conducía: «Nadie pone su fortuna en manos de alguien con una doble vida».

Por otra parte, estaba el tema de la edad. Mientras Juncal no debía de tener más de cuarenta años, su jefe debía sobre pasar los setenta.

«Debe ser más joven que cualquiera de los hijos de ese cabrón», sentenció recordando que al igual que su viejo, esos dos era considerados unos tiburones sin escrúpulos, pero a la vez unos mojigatos en cuestión de faldas: «Siempre se vanaglorian de que un judío practicante nunca era infiel a su mujer».

Jamás había tenido motivo alguno para sospechar lo contrario. Siempre había achacado a la envidia los comentarios sobre Simón y en ese momento no tenía nada claro que no hubiera nada entre ellos, como tampoco quien era el padre.

Por lo que sabía, Juncal era soltera y por ello con las sospechas más que fundadas sobre la paternidad de la chavala, llegué a la comisaría. En la puerta y con cara de pocos amigos, Simón me estaba esperando:

—Pedro, no me importa cuánto me cueste ni a quién tengas que untar, pero quiero que saques inmediatamente a la niña de aquí. ¡Sé que es inocente!

—Déjalo de mi cuenta. Lo primero que debemos hacer es averiguar qué tienen en su contra y en qué basan la acusación —respondí tratando de tranquilizar a mi cliente.

—Me da igual lo que digan: ¡Raquel no tiene nada que ver con esos asesinatos!

Al oír cómo se llamaba, se maximizaron mis sospechas porque el hecho de que Juncal le pusiera un nombre de origen bíblico era algo bastante esclarecedor.

«Es un nombre que cualquier judío pondría a alguien de su sangre. Al final va a ser un desliz del viejo», medité y sin exteriorizar mis pensamientos, saludé a la madre.

Sin maquillaje y con los ojos rojos de haber estado llorando seguía siendo una mujer guapísima.

—Tranquila, haré todo lo que pueda para sacar a tu hija.

La desesperación que leí en su rostro no me gustó nada porque en cierta medida significaba que no tenía la seguridad plena sobre la inocencia de su retoño y por ello, dirigiéndome al policía de la entrada, pedí hablar con mi defendida.

Al enterarse de que era el abogado de la sospechosa y que quería verla, me llevó a una sala mientras llamaba a Gutiérrez, el comisario encargado de la investigación. He de reconocer que no me extrañó que me hicieran esperar dado el revuelo mediático del caso. Por ello y con la única intención de ponerles nerviosos, comencé a protestar aludiendo a que estaba vulnerando el derecho a una defensa efectiva y que pensaba denunciarlos.

Mis protestas hicieron salir casi de inmediato al responsable, el cual me aseguró que habían respetado en todo momento sus derechos y que como la detenida había pedido un abogado, ni él ni nadie de la comisaría la habían interrogado.

No tuve que ser un genio para dar por sentado que esa explicación y su celeridad en dejarme ver a su sospechosa no era algo habitual y que lo último que quería, era dar algún motivo que hiciera que el juez de guardia se creyera una versión distorsionada de su actuación.

Es más, interpreté erróneamente su sonrisa cuando abriendo una puerta me dejó a solas con ella.

Nada más cruzarla y ver a mi defendida, supe que esa actitud colaborativa no se debía al miedo de que se le volteara el caso sino porque estaba plenamente convencido de que era la culpable de tantas muertes y de que podría demostrarlo. Lo cierto es que hasta yo lo pensé al verla sentada tranquilamente en esa celda.

«¡No me jodas!», dando por perdido el caso, exclamé en mi interior al contemplar por primera vez a la que iba a ser mi cliente.

Rubia y con un piercing cerca de la boca que podía pasar por un lunar al modo de Marilyn, llevaba un escotado vestido negro casi hasta los pies que contrastaba con el colorido de los tatuajes que recorrían su piel: «Encima, la muy loca ¡va de gótica!».

He de decir que en todos mis años de abogado nunca había prejuzgado culpable a un cliente sin siquiera escucharlo. Pero con Raquel Sanz, lo hice. ¡Di por sentado que era la chupasangre solo con mirarla!

Si os preguntáis la razón por la que llegué a esa conclusión, es muy sencilla. Había entrado allí pensando en que me iba a encontrar con una niña, pero con lo que realmente me topé fue con una mujer tan bella como siniestra.

—¿Eres mi picapleitos? —preguntó levantando su cara de la Tablet. La dureza de su tono y el desprecio hacia mí implícito en su pregunta, reafirmaron mi sensación de derrota.

Ni siquiera me digné en contestar y sentándome frente a ella, le comenté que estábamos amparados por los privilegios abogado cliente y que nada de lo que me dijera podía ser usado en su contra.

—Si el inútil del abogado que ha contratado mi vieja también me cree culpable, voy jodida —señaló molesta.

—Lo que crea o deje de creer no importa. A quien hay que convencer es al jurado —pensando ya en el juicio, respondí.

La sequedad de mi respuesta le hizo gracia y mirándome, contestó:

—Soy inocente. Aunque me lo he planteado un par de veces, jamás he matado a

nadie.

Os juro que sentí que me taladraba con su mirada y producto de ello, un escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba abajo al verme totalmente subyugado por el azul intenso de sus ojos.

«¿Qué me pasa?», cabreado pensé mientras intentaba tranquilizarme, «¿Por qué me he puesto tan nervioso?».

Raquel Sanz debía de estar habituada a producir esa reacción en los hombres porque levantándose de su silla, me soltó:

—Si es lo que necesita, ¡devóreme con la mirada! Pero hágalo rápido, necesito que me saque de aquí.

A pesar de la vergüenza que sentía, no pude más que obedecer y recrear mi vista en el espléndido culo que la naturaleza le había dado.

«Joder, ¡qué buena está!», me torturé durante unos segundos, hasta que con esfuerzo recompuse mis defensas y le pregunté si conocía a las víctimas.

—Aunque me he follado a todos ellos, apenas los conocía —con una pasmosa tranquilidad contestó.

No me esperaba esa respuesta.

—¿Qué te has acostado con todos? —repliqué dejándome caer hacia atrás en la silla.

—Encima de idiota, sordo —enfadada respondió: —He dicho y así se lo he reconocido a la policía, que me los tiré. Pero no por ello, soy una asesina.

—No me puedo creer que hayas admitido que has hecho el amor con las víctimas. No me extraña que te consideren la principal sospechosa.

Mis palabras la cabrearon aún más y levantando la voz, me gritó que no fuera cursi, que entre ella y los muertos solo había habido sexo, nada de sentimientos. La dureza y frialdad de su tono me recordó quién suponía que era su padre y asumiendo que su progenitor no se quejaría al recibir una abultada minuta, en vez de renunciar a su defensa, le aconsejé que de ahí en adelante me hiciera caso y no reconociera algo así a nadie.

—Tampoco mientas. Es mejor no contestar.

Entornando sus ojos y como muestra de que me había entendido, sonrió. Todo mi mundo se tambaleó a sus pies y con el corazón a mil por hora, dudé sobre la conveniencia de seguir siendo su abogado al contemplar embelesado como solo con ese gesto, la oscura arpía capaz de asesinar a media humanidad se convertía en una dulce y virginal ninfa necesitada de protección.

«¡Concéntrate! ¡Joder!», me repetí intentando retomar la conversación y dejar de bucear en su mirada, «No es un ligue, ¡es tu cliente!».

Al reconocer las señales que evidenciaban mi indefensión ante ella, soltó una carcajada y como si hubiese sido solamente un espejismo, su rostro volvió a adquirir el aspecto pétreo y enigmático que me había impresionado.

«De llegar a juicio, tendremos que explotar ese atractivo», me dije mientras pedía al policía que estaba al otro lado de la puerta que llamara a su jefe porque ya estábamos listos.

Nada más llegar, Gutiérrez comenzó el interrogatorio señalando que el día y la hora en que mi defendida se había beneficiado a cada uno de los muertos.

—Cómo verá, su cliente siente que es una amante religiosa —sentenció a modo de resumen el comisario —y como las hembras de esos insectos, se cree en el derecho de devorar al macho.

—Lo único que demuestra es que mi defendida tiene una sexualidad desaforada y eso es algo que hasta ella reconoce —contesté sin reconocer carácter probatorio alguno a dichos encuentros, para insistir a continuación que si no tenían nada más esos indicios eran insuficientes para mantenerla entre rejas.

Cómo viejo zorro, curtido en mil batallas, el policía respondió sacando unas fotos de los difuntos donde con un rotulador habían remarcado una serie de marcas en sus cadáveres que no me costó reconocer como mordiscos.

—Ve esos círculos... el forense ha determinado que coinciden con la dentadura de su defendida —y mirando a la susodicha, le preguntó que tenía que decir.

—Que soy una mujer apasionada.

—Entonces confiesa que usted los mordió antes de matarlos.

—Reconozco que les eché un polvo y hasta que fue un tanto agresivo, pero nada más. Cuando los dejé estaban vivos y satisfechos por haberse acostado con una diosa.

Para entonces, ya me había tranquilizado e interviniendo comenté que cronológicamente las muertes no se habían producido en las fechas en que mi defendida se los había follado, sino con posterioridad

—Fue solo sexo. Del bueno, pero sexo —añadió Raquel haciendo como si lanzara un mordisco al policía.

El descaró de esa mujer consiguió sacar a Gutiérrez de sus casillas e indignado le preguntó si no era ella la asesina, entonces quién era.

—Ni lo sé ni me importa —respondió y cerrándose en banda, dejó de contestar a las preguntas que durante más de media hora le formuló el policía...

Mientras esperaba que el juez de guardia resolviera mi reclamación, me puse a analizar lo sucedido en la comisaría y a la única conclusión que llegué fue que no tenía claro si me había impresionado más la ferocidad con la que el comisario se enfrentó con mi clienta o por el contrario la frialdad y menosprecio con la que esa mujer le respondió que dejara de mirarle las tetas.

—No he hecho tal cosa —se defendió.

Demostrando que no le tenía miedo, Raquel se llevó las manos hasta sus pechos y acariciándolos, le preguntó si realmente pensaba que alguien le creería cuando ella le acusara de comportamiento inadecuado.

—¡Hija de perra! —resonó en la sala de interrogatorio mientras asumiendo que no podía seguir interrogándola, Gutiérrez salía por la puerta.

Ni que decir tiene que como abogado aproveché ese insulto en mi escrito, recalcando además que las supuestas pruebas irrefutables en las que los investigadores basaban su acusación no eran más que hechos casuales sin conexión con los asesinatos y que solo por la animadversión que sentía el jefe de todos ellos por mi clienta se entendía que hubiesen atrevido a detenerla sin base alguna.

A pesar de que mi razonamiento era impecable y de que haber compartido unos momentos de sexo con las víctimas no la hacía una asesina, no las tenía todas conmigo: ¡Hasta yo la consideraba implicada en esas muertes! Por eso cuando el juez determinó su libertad, respiré aliviado. Raquel seguía investigada, pero al menos podría defenderse de esos delitos, desde la comodidad de su casa.

Tras recoger la orden, me dirigí a la comisaría y con ella bajo el brazo, exigí al indignado comisario su liberación.

—Sé que eres tú y pienso demostrarlo —replicó mientras quitaba las esposas a mi clienta.

La intensidad del odio que el policía sentía por ella me impactó, pero no supe que decir ni que pensar cuando Raquel, demostrando lo poco que le afectaba la opinión del comisario, respondió:

—Si no quiere seguir perdiendo el tiempo, le aconsejo que me olvide. Puedo ser culpable de tener un coño tan sabroso como insaciable, pero soy inocente de esos asesinatos.

Afortunadamente para todos, Juncal y su jefe hicieron su aparición cuando ya temía que llegaran a las manos y Raquel olvidando a Gutiérrez concentró su mala leche en el recién llegado diciendo:

—Esto es algo digno de ser visto, ¡la familia al completo! Mamá y el eyaculador que la preñó han venido a buscarme.

—Hija, yo también me alegro de verte —contestó sin inmutarse el viejo judío.

Mi incomodidad era total al sentir que sobraba. Por ello, tras comentar lo sucedido con la pareja, me despedí para no verme involucrado y que resolvieran sus problemas entre ellos.

—¡Picapleitos! —escuché que me gritaban. Al girarme, la bella arpía me alcanzó y depositando un beso en mi mejilla, me dio las gracias.

Toda la reacción de mi cuerpo se concentró en un lugar específico y es que contra mi voluntad al oler su perfume y sentir la dureza de su pecho restregándose contra de mí, el grosor y el tamaño de mi pene se multiplicaron en un instante. Mi erección no le pasó desapercibida pero lejos de quejarse, mirándome a los ojos, sonrió.

—Hasta pronto, ¡guapetón!

Asustado por saberme atraído por ella y que esa zumbada lo supiera, salí de ahí y me fui a mi despacho, donde intenté concentrarme en el día a día para olvidar las sensaciones que su manoseo había provocado en mi interior.

«Menuda putada debe ser el tener una zorra así, como hija», murmuré mientras el recuerdo de sus extraños ojos ámbar y la profundidad de su voz me perseguían muy a mi pesar. Por mucho que hacía el esfuerzo no podía dejar de pensar de haberla conocido en un bar, yo podía ser uno de los muertos, dando por hecho que Raquel era la asesina de esos chavales.

Como abogado debía intentar creer en la inocencia de mis clientes para transmitir mejor al juez o a los miembros del jurado los argumentos que hicieran posible su absolución, pero con Raquel eso me estaba resultando imposible porque con solo mirarla uno se daba cuenta que esa mujer era ciento por ciento pecado.

«Es la lujuria hecha carne», sentenció al percatarme de que inconscientemente había empezado a tocarme al pensar en ella.

Reprimiendo ese conato de paja, estuve a un tris de pedir a algún socio del bufete que me sustituyera en su defensa. Pero tras pensármelo mejor, la certeza que al hacerlo también perdería a su padre como cliente impidió que siguiera buscando a quien ceder la venia.

«Necesito el dinero de ese viejo por lo que no solo debo seguir defendiéndola, sino que tengo que conseguir que la absuelvan», medité mientras firmaba unos cheques antes de irme.

La empresa era difícil pero no imposible pero también que para poder triunfar iba a necesitar, ayuda.

«Tengo que hacerme con los servicios de Alberto», me dije y cogiendo mi teléfono lo llamé.

Tal y como esperaba, el discreto, pero efectivo detective aceptó de inmediato y se comprometió que desde esa misma tarde pondría a toda su gente a ver qué era lo que conseguían averiguar del tema.

—Cualquier cosa que halles, no se lo anticipes a nadie, ni siquiera a la policía. Quiero ser el primero en saberlo.

—No te preocupes, así se hará. Eres el que pagas las facturas —contestó y un tanto extrañado de que me tomara ese asunto tan en lo personal, dejó caer si tenía algo que ver con Raquel.

No me costó saber que lo que realmente estaba insinuando era si tenía un lío sexual con la sospechosa:

—Ni ahora ni nunca, esa tía es peligrosa. Acostarse con ella es como meter la polla en un avispero: la duda no es si te picarán sino cuantas veces —contesté sin llegar a creer en mi propia respuesta.

Alberto, que no era tonto, vio en mí una actitud defensiva pero no insistió y tomando los datos, se despidió prometiendo resultados.

«¿Qué coño me pasa? ¿Por qué me afecta tanto y no puedo dejar de pensar en esa loca?», maldije en silencio mientras cerraba la oficina y me marchaba a casa.

Ya en el coche puse la radio. Nada más encenderla, reconocí Perlas ensangrentadas, la canción que Alaska convirtió en un éxito y olvidando que podía ser una premonición, siguiendo su ritmo, conseguí relajarme mientras conducía dejando atrás el recuerdo tortuoso de Raquel.

Desgraciadamente, fue solo un breve paréntesis porque al llegar a mi edificio, el conserje me informó de que mi hermana me estaba esperando en mi piso.

—¿Mi hermana? —pregunté extrañado porque, aunque tenía una, esta vivía en Barcelona.

—Sí, una joven guapísima —contestó: —La pobre se había olvidado las llaves y por eso la abrí.

Supe de quién se trataba al observar la tranquilidad con la que me acababa de decir que había roto la principal regla de un buen portero y que no parecía en absoluto preocupado.

«¿Qué habrá venido a buscar?», me pregunté mientras con un cabreo de la leche llamaba al ascensor...

O bien Raquel no veía nada malo en su actuación o bien supuso que sería incapaz de recriminarla el haber invadido mi espacio porque al entrar me la encontré casi desnuda pintándose los pies en el suelo de la cocina.

—¿Se puede saber qué narices haces aquí? —pregunté mientras intentaba evitar darme un banquete admirando la perfección de esos pechos que la camiseta que llevaba puesta era incapaz de tapar.

—¿No lo ves? Arreglándome las uñas —contestó sin siquiera levantar su mirada mientras como si me estuviera retando separaba sus piernas.

La obscenidad del gesto y esa respuesta me terminaron de cabrear y he de reconocer que estuve a punto de saltarla al cuello. ¡Ganas no me faltaron! Pero conteniendo mi orgullo herido, insistí:

—¿Por qué estás en mi casa?

Con tono suave, me respondió que había intentado ir a la suya pero que al llegar había una nube de periodistas esperándola y que recordando que la había prohibido conceder entrevistas, había tomado la única decisión sensata... ir al único sitio donde no la buscarían.

—Mi piso —sentencié molesto.

Raquel debió decidir que una vez aclarado, no valía la pena seguir dando vueltas a lo mismo y cambiando de tema, me soltó qué le iba a preparar de cena. Su desfachatez me indignó y levantándola del suelo, le grité que si quería quedarse en mi casa al menos debía mantener las formas y no ir vestida como una vulgar fulana.

—¿No serás gay? —fue lo que me replicó.

Comprendí que realmente le había sorprendido que le exigiera discreción en su vestir y lleno de ira le respondí que no.

—¡Pues cualquiera lo diría! ¡Ni siquiera te atreves a mirarme!

Que dudara de mi hombría fue la gota que derramó el vaso y atrayéndola hacia mí, forcé su boca con mi lengua mientras con las manos daba un buen magreo a su trasero. Lejos de mostrarse intimidada por mi reacción, Raquel colaboró conmigo frotando su cuerpo contra el mío.

—No eres más que una zorra —rechazando su contacto, repliqué.

La fría carcajada que soltó mientras se acomodaba la ropa me informó de mi derrota y que, con solo proponérselo, esa perturbada había conseguido sacar lo peor de mí.

—Ahora que ya te has reído, puedes coger la puerta e irte —dije enfadado hasta la médula.

Obviando mi cabreo, sonriendo, Raquel contestó:

—No creo que a mi padre le guste saber que su abogado me ha echado a los

lobos y menos que me ha besado contra mi voluntad.

Que ni siquiera intentara disfrazar su vil chantaje me desarmó y sentándome en una silla de la cocina, le volví a preguntar qué era lo que buscaba de mí.

—No te creas tan importante. No busco nada, solo divertirme —contestó mientras se subía a horcajadas sobre mis rodillas.

Reconozco que me sorprendió. Por ello poca cosa pude hacer cuando descubrí que bajo su camiseta no llevaba sujetador y que sin ningún esfuerzo podía entrever dos pezones tan negros como erizados e instintivamente y sin pensar en las consecuencias, comencé a acariciar su trasero.

—¿Adivina quién me va a echar un polvo? —murmuró en mi oído mientras frotaba sus nalgas contra mi entrepierna.

Si no hacía algo, sabía cuál sería la respuesta al sentir la dureza de sus cachetes al incrustar mi pene en su sexo. Es más, viendo que no la detenía, se puso a hacer como si me la estuviera follando y solo las murallas de su breve short y de mi pantalón impidieron que culminara su felonía.

—Seguro que yo no —respondí mientras me levantaba de la silla.

Al hacerlo la tiré al suelo. Raquel en vez de cabrearse, comenzó a reír mientras me preguntaba gritando cuanto tiempo creía que iba a soportar sin follármela. Humillado hasta decir basta, salí de la cocina confirmando mi derrota.

«¡Será puta!», pensé totalmente hundido con el sonido de sus retumbando en mis oídos mientras notaba como el deseo se iba acumulando bajo mi bragueta.

Era consciente que de no ser porque hubiera quedado como un auténtico cretino, hubiese vuelto a donde estaba y la hubiese tomado contra el fregadero. En vez de ello, fui a mi habitación a darme una ducha fría. El agua helada aminoró mi calentura y ya más calmado, al salir me tumbé en la cama desnudo, me quedé dormido.

Llevaba unos pocos minutos soñando cuando la imaginé llegando completamente desnuda. Aun sabiendo que era un sueño, me quedé extasiado observando como sus pechos se bamboleaban al caminar hacia mí. En mi mente, esa rubia del demonio me invitaba a morder los duros pezones que decoraban sus dos maravillas.

Ni dormido, quise dejarme vencer y me la quedé mirando mientras le decía:

—Tienes demasiados huesos para mi gusto y encima con tanto tatuaje pareces un personaje de Walt Disney.

De nada me sirvió esa una vil mentira. Apenas podía respirar, mientras se acercaba. Su cuerpo no solo era el de una modelo, era el sumun de la perfección al que los dibujos grabados sobre su piel magnificaban aún más su belleza. Con una picardía innata, Raquel exhibía ante mí su estrecha cintura, su culo en forma de corazón y su estómago plano sin dejar de sonreír, demostrando lo poco que le había afectado mi crítica:

—No te lo crees ni tú. A tu lado, ¡soy divina!

Quise responder a su impertinencia, pero las palabras quedaron atascadas en mi garganta al contemplar su sexo a escasos centímetros de mi cara y saber que solo con pedírselo esa zorra hubiese puesto dichosa su coño en mi boca. En mi imaginación traté de mantener un resto de cordura y cerré los ojos deseando que desapareciese y así cesara esa tortura.

Desgraciadamente en mi cerebro, la rubia envalentonada por mi evidente cobardía

recorrió con sus manos mi cuerpo y al comprobar que bajo las sábanas mi pene se erguía erecto, se adjudicó el derecho a subirse encima de mí riendo.

—¡Vete por donde has llegado! ¿No ves que no quiero nada contigo? —contesté intentando mostrar al menos apatía.

No tardé en comprender mi error porque poniéndose a horcajadas sobre mí, incrustó mi pene en su sexo y me empezó a cabalgar mientras aprovechaba mi indefensión para atarme.

—¿Qué haces? —grité incapaz de detenerla.

—Evitar que huyas, mientras te follo —respondió con perversa alegría.

Tras terminar de inmovilizarme, se tumbó sobre mi pecho para hacerme sentir la tersa dureza de sus pezones mientras llegaban a mis oídos sus primeros gemidos. Contagiado por su lujuria, recibí sus besos y mordiscos sin moverme mientras deseaba que me siguiera follando ahí mismo. Os confieso que ya me había entregado por completo a ella cuando pegando un grito, se corrió sobre mí.

Como la diosa que se sabía, obró un milagro y bajándose de la cama, se descojonó al mostrarme mi erección:

—Mortal, te voy a llevar a mi cielo.

Tras lo cual, y cogiendo un poco de la humedad que manaba libremente desde su vulva, se untó el trasero.

—¿Qué quieres de mí? —chillé al ver que en su boca le crecían los colmillos.

—Convertirte en mi esclavo —replicó y pasando una de sus piernas sobre las mías, usó mi verga para empalarse.

La lentitud que imprimió a sus movimientos me permitió disfrutar de la dificultad con la que su trasero absorbió mi trabuco mientras aterrorizado sentía como me latían las venas.

—¡Por favor! ¡No lo hagas!

Riéndose de mi desesperación, acercó sus labios para localizar mi yugular. Supe mi destino aun antes de que clavara sus dientes en mi cuello.

—¡Eres y serás siempre mío! —me informó mientras cerraba sus mandíbulas. Aullé al sentir que el dolor se transmutaba en placer y liberando mi simiente en el trasero de mi asesina, ¡me desperté!

Por unos momentos respiré al ver que había sido producto de mi calenturienta imaginación, pero entonces desde la puerta escuché que Raquel me decía:

—Pronto te entregarás a mí y juntos haremos realidad tu pesadilla.

Eran cerca de las diez cuando el delicioso olor a comida me sacó de mi cuarto. Juro que me extrañó porque no veía a Raquel cediendo y que se hubiese puesto un mandil al ver que no preparaba la cena.

Comprendí que no era así, al ver a la gótica leyendo en el salón mientras alguien trasteaba cocinando.

«¿Habrás llamado a su madre?» pensé mientras abría la puerta.

He de decir que al hacerlo no esperaba encontrarme a una impresionante mulata en mitad de mi cocina y menos que al verme, se acercara a mí y me plantara un beso en los morros diciendo:

—Soy Lilith.

Escuchar de sus labios que se llamaba como la primera esposa de Adán, me impactó. No en vano en cierta mitología hebrea, a esa mujer se la representa una especie de demonio que usaba el placer para esclavizar a sus amantes.

«Joder, ese nombre le viene al pelo», murmuré para mí mientras recreaba mi vista en sus ciento setenta centímetros de lujuria y en su culazo cuando haciendo su aparición Raquel comentó:

—¿Te gusta lo que te he traído?

Incrementando mi embarazo, la rubia se puso a magrear a la recién llegada como si fuera de su propiedad mientras me decía:

—Además de ser toda una experta en la cocina, Lilith también es estupenda en la cama.

—¿Y qué tengo yo que ver? —repliqué no dándome por aludido.

Raquel solo tuvo que mirar a la recién llegada para que ésta, susurrando, me dijera que había venido a mi casa a cuidarnos. No me tuve duda de qué tipo de favores hablaba al comprobar que, pegando su cuerpo a mí, se ponía a ronronear en mi oído.

Por un momento creí que me estaban tomando el pelo y que todo era una broma, pero entonces llegando a donde estábamos, la hija de mi cliente me dejó claro que no era así al deslizar los tirantes de la mulata.

—¿Acaso no te parece guapa esta putita?

No pude contestar. Estaba demasiado ensimismado observando cómo la morena dejaba caer su vestido.

—¿Tampoco piensas echarle un polvo a ella? —insistió Raquel con una sonrisa en su boca mientras cogía entre sus manos los estupendos melones que lucía la desconocida joven.

Lilith decidió que había llegado el momento y dando un paso más, volvió a la carga diciendo con voz sensual:

—Somos dos nenas dulces y obedientes en busca de nuestro igual. ¿Eres tú, como

dice Raquel, ese tanto tiempo llevamos añorando?

Añadiendo más leña al fuego, la rubia consideró oportuno decir:

—El destino ha querido juntarnos. Te reconocí al verte desnudo y por ello, sé que eres el que estamos esperando.

Dando ya por sentado que era el objeto de una broma y contesté intentando dotar a mi voz de toda la mala leche del mundo:

—Os equivocáis si creéis que me interesa ser vuestro esclavo. No pienso lanzarme como un imbécil entre vuestras piernas. ¡Aprecio demasiado mi vida para arriesgarla con vosotras! —tras lo cual y sin darles oportunidad de hacerme cambiar de opinión, salí huyendo.

Ni siquiera lo pensé y ya en la calle, cogí mi coche y me fui de copas. Ese viernes no me costaría encontrar compañía que me hiciera olvidar a las zumbadas que había dejado en casa y así fue. Manuel, un fiel compañero de parranda, se convirtió en el buen samaritano que me dio asilo. Junto a él, me fui a cenar con la intención de al terminar prender fuego a la noche.

—¿Me estás diciendo que tienes dos zorras esperando a que vuelvas? —me soltó cuando sin ser totalmente honesto le expliqué que dos perturbadas habían tomado al asalto mi casa y que me daba miedo hasta el volver a casa —¡No te creo!

Cómo no podía desembuchar que la policía sospechaba que una de ellas era una asesina y que la otra me había dicho que me consideraba suyo, me defendí aduciendo su condición mental:

—Te lo juro. ¡Esas tipas están totalmente flipadas!

—Si están buenas, hasta eso se perdona —descojonado contestó mientras pedía al camarero que nos trajera otra botella de vino con la que mojar la carne: —Lo que pasa es que son unos cardos y no te atreves a metérsela, no vaya a ser que se te caiga.

—Me has pillado —repliqué al percatarme que, con ello, Manuel me dejaría en paz: —Son tan feas que no hay por dónde. Imagínate, la rubia tiene más bigote que una morsa, mientras la otra es del tamaño de una ballena.

Ante semejante imagen, mi amigo se apiadó de mí y me prometió que acabaríamos con todas las existencias de whisky de Madrid antes de volver a casa. Y siguiendo la hoja de ruta que había marcado, nada más terminar de cenar nos fuimos directamente a un local que conocíamos y donde por experiencia sabíamos que nos resultaría fácil encontrar compañía.

Tal y como previmos, todavía no habían dado las dos cuando ya teníamos a una pareja de treintañeras sentada en nuestra mesa. La facilidad con la que esas dos daban cuenta de sus copas hizo sospechar a Manuel que esa noche nos iríamos con ellas.

—Yo no puedo. Recuerda que tengo okupas en casa —comenté lacónicamente.

—Por eso no te preocupes, te la tiras en mi apartamento.

Cualquier otra noche hubiese aceptado esa oferta, pero al mirar de reojo a Rosa, la castaña que tenía al lado, la comparé con las diosas que en teoría me esperaban en casa y cabreado sentencí:

«A su lado, este espécimen es un mandril».

Ajena a estar siendo valorada como ganado, intuyó algo en mi mirada y sabiendo

que debía hacer algo para no perder la oportunidad de dormir acompañada, puso su mano en mi muslo mientras me pedía otra bebida. Por alguna causa, al sentir sus dedos en dirección a mi bragueta y saber que me hallaba ante una buscona de discoteca y no ante una psicópata, me relajé y la dejé hacer mientras la premiaba con una caricia sobre su pecho.

Nunca supuse que la chavala se envalentonara y que, obviando la presencia de toda la gente, decidiera colocar su chaqueta sobre mis piernas, para sí que nadie viera que me bajaba la bragueta.

—¡Quita tus sucias manos de nuestro hombre! —escuchamos que alguien decía.

Rosa se quedó pálida al levantar su mirada y ver que eran dos mujeres con caras de pocos amigos las que la reclamaban que se apartara de mí:

—Tías, ¿de qué coño habláis? —intentó protestar sin moverse y sobre todo sin sacar sus manos de la chaqueta.

Cumpliendo su amenaza con una violencia inusitada, la levantaron y con un sonoro bofetón le hicieron saber que no bromeaban.

—Solo nosotras estamos autorizadas para cuidar de él —gritó Lilith tomando asiento a mi lado.

—Pedro es nuestro, ¡de nadie más! —recalcó Raquel al sentarse en mis rodillas.

Ni que decir tiene que mientras la castaña huía de ahí, nadie dijo nada al ver la escena y es que no era nada habitual que dos bellezas de apenas veinte años reclamasen como suyo a un cuarentón.

Sin lugar a duda, el más alucinado fue Manuel. Aunque sabía que tenía okupas, le seguía pareciendo imposible de asimilar que una rubia impresionantemente guapa y terriblemente tatuada junto con una mulata que parecía una modelo de revista me estuviese recriminando el haberme buscado una puta cuando las tenía a ellas.

—Cariño, la providencia nos ha designado tus compañeras y nada en este mundo nos hará renunciar a lo que es nuestro por derecho —escuchó a la morena decir en un intento de camelarme.

Si de por sí eso era extraño, mucho más lo fue escuchar que la que iba vestida de gótica comentaba:

—Estamos predestinadas a compartir nuestra vida contigo y no entendemos que pierdas el tiempo con esa guarra cuando nos tienes a nosotras.

—Personalmente, ¡yo tampoco! —Manuel intervino con la esperanza de hacerse un hueco y de ser posible terminar tirándose a una de ellas.

La fría determinación y el completo desprecio que observó en los rostros de esas dos diosas, le hicieron saber que nada podía esperar y cogiendo a la borracha que todavía seguía colgada en su brazo, salió del local dejándome tan solo cómo indefenso.

Sin saber a qué atenerme, intenté zafarse de ese par diciendo que no entendía de qué hablaban cuando afirmaban tan seguras que el destino los había unido.

—Hasta hoy, jamás os había visto y no creo que tengamos nada en común.

—Amor, lo creas o no, Raquel tú y yo hemos nacido para cuidarnos entre nosotros, apoyarnos y consolarnos por toda la eternidad —comentó Lilith y viendo que seguía mirándola en plan incrédulo, me soltó: —¡podemos demostrártelo!

Con una dulzura que jamás creyó que tendría, la rubia murmuró:

—Ambas compartimos contigo la misma marca de nacimiento.

—No tengo idea de a qué os referís —todavía en la inopia, respondí.

Ante mi sorpresa, la mulata me desabrochó la camisa y señalando triángulo rojo como la sangre que llevaba en la mitad del pecho, me informó:

—Cuando Raquel lo vio, me llamó. Tú eres nuestro destino y nosotras el tuyo —y levantándose la negra melena, me enseñó que ella llevaba uno igual al mío en la parte baja de la nuca.

Imitando a su amiga, Raquel lució el suyo ante mí, diciendo:

—Desde este momento, nada ni nadie podrá separarnos de ti.

Mirándolas a los ojos, me quedé pensando en lo ridículo que me resultaba todo eso y en que, a mi lado, además de locas ese par de bellezas eran unas crías. Dándolas por imposibles y levantándome de mi asiento, contesté:

—Estáis como putas cabras. ¡Me voy a casa!

Sin darme opción, Lilith y Raquel contestaron al unísono:

—Y nosotras contigo.

Mientras volvía a casa en taxi acompañado por ella dos, empecé a temer la reacción de Simón cuando se enterara que Raquel y su amiga se empeñaban en decir que yo era suyo por un derecho divino cuyo origen desconocía. Sabiendo que la única forma de descargar la culpa de lo que sucediera a partir de ese momento, era conocer cuál era el supuesto nexos que me unía con ellas. Hubiera hecho mejor en quedarme callado pero intrigado y molesto, se lo pregunté:

—¿Todavía no te has fijado que los tres tenemos el mismo color de ojos? —contestó Lilith: —Somos una anomalía genética que se repite de tres en tres una vez cada cinco mil años.

Durante unos diez segundos la creí, al percatarme que esa era la razón por la que no podía dejar de zambullirme en sus ojos, pero entonces y viendo que realmente se creía sus palabras, la solté si se había fumado algo:

—Te hemos estado buscando desde que somos niñas porque nuestro destino es convertirnos en tus reinas y el tuyo ser nuestro rey —añadió Raquel: —Los últimos de los nuestros que tengamos constancia fueron Keops y sus dos esposas, la reina Meritites y la reina Henutsen.

—¿Realmente os creéis semejante estupidez? —horrorizado repliqué.

Con una tranquilidad que me dio hasta miedo, la rubia contestó:

—Siempre te has sentido distinto. En tu interior sabías que el destino te tenía reservado un papel. Ese papel es formar con nosotros un reino. Debes saber que las triadas existen y han existido desde los albores de la humanidad. Su símbolo, el triángulo está presente en todas las civilizaciones que se conocen. Es más, me consta que hay gente que quiere evitar que nos reunamos otra vez.

—Me he perdido —reconocí.

—Hasta que me detuvo la policía no sabía que me habían localizado y que estaban matando a todo aquel que se acostaba conmigo. No les basta con acabar con una de las mujeres de la Triada, necesitan matar al único varón capaz de procrear con ellas.

—Siguiendo tu razonamiento, ¿por qué los asesinaron de esa forma? ¿por qué exanguinaron a esos desgraciados?

—La leyenda cuenta que se obtiene la inmortalidad al beber de nuestra sangre.

No dije nada durante el resto del viaje, bastante tenía con asimilar y rumiar esa información. Por una parte, era cierto que siempre me había visto ajeno al resto de la gente y por otra, algo me empujaba a dar algo de verosimilitud a sus palabras. No es que las creyera, me seguían pareciendo una memez de carácter bíblica. Lo malo es que si hubiera una organización que creyera en su origen semidivino, ésta no dudaría en acabar conmigo para comprobar si mi sangre tenía esos poderes.

Estábamos a punto de llegar a mi casa cuando caí en la cuenta de que esos supuestos enemigos podían estar agazapados ahí y parando el taxi, pedí a mis acompañantes que me esperaran mientras yo iba a revisar si había alguien esperando nuestra vuelta.

Tanto Lilith como Raquel reaccionaron mal a mi propuesta y se pusieron a protestar diciendo que les daba miedo que me hicieran daño.

—Por eso debo ir solo —respondí haciéndoles ver que con ellas me resultaría pasar inadvertido.

A regañadientes, aceptaron mis razones y dejándolas a tres manzanas de mi casa, me acerqué sin delatar mi presencia. Nada más doblar la esquina, advertí que había una camioneta estacionada frente a mi portal y por un momento creí que era verdad lo que esas dos decían.

«Voy a terminar tan loco como ellas», aliviado respiré al reconocer al volante del vehículo a Alberto, el detective que yo mismo había contratado.

Ya sin miedo, estaba a punto de dirigirme hacia él cuando de pronto vi que se paraba un Audi oscuro y que, bajando la ventanilla, el conductor le preguntaba si había alguna novedad.

—Todavía no han vuelto. Dile al maestro que daré la voz de alarma en cuanto lo hagan.

Confieso que me quedé helado al comprobar que mi amigo formaba parte de esa conspiración y deshaciendo mi camino en silencio, volví donde en teoría me esperaban la rubia y su amiga, la mulata.

Ya desde lejos comprendí que algo iba mal al ver aparcado al coche negro en el lugar en que había dejado a las muchachas.

«¡Mierda!», exclamé para mí y sin pensar en lo que hacía, salí corriendo en un intento de protegerlas.

Estaba todavía a cien metros cuando vi que el automóvil arrancaba y desaparecía por la siguiente esquina. Desmoralizado y sin resuello, me detuve.

«Las han pillado», me dije mientras intentaba recuperar la respiración.

Inesperadamente sentí su pérdida como algo propio, Con todas y cada una de mis células desbordando de ira y dando un grito, me juré que las recuperaría, aunque eso fuera lo último que hiciera en mi vida.

—Pedro, ¡no grites! Los que se han llevado a Raquel pueden volver y entonces su sacrificio habría sido inútil —a mi espalda, escuché decir a Lilith.

Todavía me sorprende mi reacción ya que, tomándola en brazos, la besé con un ansía que me dejó alucinado y más cuando en vez de quejarse, esa monada reaccionó con una pasión al menos comparable.

—Cuéntame qué ha ocurrido —conseguí decir.

Temblando y sin dejar de llorar, la bella mulata contestó:

—Estábamos charlando cuando Raquel se dio cuenta que venía un vehículo sospechoso y me pidió que me escondiera mientras intentaba huir dado que a ella la habían visto...

La angustia no la dejó seguir, pero no hizo falta, asumí que esos tipos creyendo que estaba sola, la habían perseguido con la intención de llevársela a su jefe.

—Tenemos que irnos —comenté y cogiendo su mano, tiré de ella hacía el metro.

Destrozada, Lilith se dejó llevar por las escaleras y solo cuando entramos en el vagón y nos sentamos, me preguntó dónde íbamos.

—No tengo ni idea. Solo sé que teníamos que irnos de ahí —respondí.

—A mí no me conocen —musitó en voz baja: —Podríamos ir a mi casa.

—No me parece buena idea. Piensa que casi seguro que tienen a Raquel y si es así, podrían hacer que les dijera donde vives.

—¡No la conoces! Raquel nunca se lo diría... —respondió luciendo una sonrisa de oreja a oreja: —...aunque lo supiera.

—¿No lo sabe? —sorprendido pregunté.

—No. Hasta hoy, yo tampoco sabía la ubicación de su casa. Habíamos decidido saber lo menos posible una de la otra hasta que te encontráramos. Así si una caía, la otra podría seguir con nuestra sagrada misión.

Sin conocer a ciencia cierta de que misión hablaba, di gracias porque hubiesen tenido semejante previsión. Pero no por ello me pasó inadvertido que solo se explicaba que tomasen esa medida si eran conscientes que existía un enemigo que las buscaba.

«Joder, eso significa que me están ocultando al menos cómo ellas lo sabían y yo no, si en teoría somos iguales», mascullé en silencio mientras exteriormente aceptaba la sugerencia de ir a su casa...

Al salir del metro, tomamos un par de taxis y caminamos unos veinte minutos, antes de dirigirnos a su casa. Queríamos estar seguros de que nadie nos seguía, así como de dificultar que alguien intentara hacerlo estudiando las cámaras instaladas en las calles. Y es que dada la clase de enemigo con el que nos enfrentábamos, cualquier precaución era insuficiente.

Por ello, ya eran más de las seis, cuando finalmente llegamos al chalé donde esa preciosa mulata tenía su residencia.

«Joder con la niña, ¡menuda chabola!», pensé al ver que se paraba frente a una mansión.

Ajena a la sorpresa que me había producido, Lilith sacó sus llaves y abrió la verja.

—No pasa nada con los perros. Estando conmigo, no te harán nada —me acababa de decir cuando de pronto vi que se acercaban cuatro enormes rottweilers.

De no haberme avisado, hubiera salido huyendo. Aun así, estuve a punto de cagarme encima cuando esos bichos se pusieron a olisquearme cuando su dueña me los presentó diciendo:

—Pedro es mi compañero y desde ahora debéis protegerlo.

—Es imposible que te entiendan —comenté mientras intentaba tranquilizarme.

—Aunque no te lo creas, me han entendido —contestó riendo: —o entonces cómo te explicas que te estén escoltando también a ti.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al advertir que tenía razón y que mientras dos de esas negras moles, caminaban una a cada lado de Lilith, los otros dos perrazos hacían lo propio, uno a mi derecha y el otro a mi izquierda.

—Parece magia —afirmé sin llegarme a creer que realmente la estuviesen obedeciendo y no fuera una conducta aprendida.

—No lo es. Mis niños me entienden —replicó mientras con dulzura acariciaba la cabeza de esas bestias: —y si lo intentas, también a ti.

Acababa de decirlo cuando de improviso los que me escoltaban acercaron sus cabezotas a mí, pidiendo caricias. Por un momento me asusté, pero la actitud amistosa de esos rottweilers me azuzó a intentarlo.

—¿No me morderán? —pregunté.

Respondiendo a mis palabras, justo entonces, me dieron sendos lametazos en las manos.

—El único riesgo que tienes es morir ahogado con sus babas. ¿No ves lo cariñosos que son? —riendo a carcajadas, la morenita me soltó.

Sus risas me resultaron un bálsamo que necesitaba tras veinticuatro horas realmente intensas y olvidando que estábamos rodeados de sus “niños”, tiré de ella y la abracé. Sus guardianes creyeron que era un juego y queriendo participar de él nos

saltaron encima, de forma que no pudimos evitar caer rodando al césped.

—¿No prefieres hacerme tuya solos tú y yo? O acaso te pone que nos miren.

Cerré su boca con un beso mientras le desabrochaba un botón de su camisa.

—No sigas que no respondo —me amenazó con su mirada teñida de deseo.

Estaba demasiado excitado para hacer caso a sus quejas y por ello, olvidando sus reticencias, intenté apoderarme de uno de sus pechos con la boca.

—Joder, ¡quiero que sea en una cama! —protestó mientras, cogiéndome la cara, la llevaba hasta la suya y me volvía a besar.

Sintiéndome un cretino por forzarla, le pedí perdón:

—Disculpa, no debería haberme dejado llevar. Debes pensar que soy un degenerado.

Sonriendo, murmuró:

—No podría hacerlo. Eres el hombre que el destino eligió para mí. Me he reservado para este momento y por eso quiero que mi primera vez sea perfecta.

No hace falta comentar que esa afirmación cayó como un obús en mis defensas y queriendo confirmar que había entendido bien, la pregunté si era virgen.

—Estrictamente, no lo soy. Me he acostado con Raquel, pero tú serás mi primer y único macho de mi especie.

Esa respuesta incrementó más si cabe mi inseguridad. Uniendo nuestra diferencia de edad, la posibilidad que fuera lesbiana y su virginidad me resultó imposible permanecer tranquilo.

Por eso al ver que abriendo la puerta de su cuarto me hacía pasar, me sentí un ternero yendo al matadero...

Admito que no las tenía todas conmigo cuando Lilith me dejó sentado en su cama, mientras ella pasaba al baño. No me resultaba sencillo dejar de sentir resquemor de que, al salir de ahí, esa preciosa mujer quisiera ser mía.

«Todo esto es absurdo. ¡Es una niña!», pensé mientras me echaba en cara el ser un degenerado con solo estar allí cuando debía estar removiendo Madrid buscando a Raquel.

Los diez minutos que tardó en acicalarse no hicieron más que incrementar tanto mis temores como mis remordimientos, pero no por ello cuando salió pude soslayar el hecho que parecía una diosa.

—Estás preciosa —murmuré mientras mis ojos se recreaban en su cuerpo.

Era todo perfección. Se notaba a la legua que hacía ejercicio y que sus piernas no solo eran un prodigio de la naturaleza, sino que su dueña había invertido largas horas en darles forma.

—Gracias —respondió acercándose.

El sensual movimiento de sus caderas anticipaba de alguna forma la rotundidad de su trasero. Nalgas de ensueño que me dejaron sin habla al girarse para dejar el peine sobre la mesilla y cuya forma respingona era un homenaje a su herencia y a los genes que corrían por su sangre.

«¡Dios! ¡Cómo está!», pensé justo en el momento en que acercaba a mí.

El coqueto picardías de encaje que se había puesto me dejó claro que, si tenía un trasero impresionante, su delantera no le iba a la zaga. Dotada de unos voluminosos pechos en los que la gravedad todavía no había hecho mella, su delgadez exacerbaba todavía más su atractivo.

—¿No crees que deberíamos pensar en qué vamos a hacer para encontrar a Raquel? —pregunté mientras me resultaba imposible retirar mi vista de ella.

Con una enigmática sonrisa, contestó mientras se aproximaba aún más:

—Nunca me acuerdo de lo poco que sabes de nuestra naturaleza.

—¿De qué hablas?

Mientras me daba un mordisco en la oreja, murmuró en mi oído:

—Cuanto antes te entregues a mí y yo a ti, antes sabremos si sigue libre y donde está.

No contenta con ello, me empujó sobre la cama. Su descarro e insistencia en ser mía, lejos de enfadarme, me hicieron ceder y una vez hecho a la idea que era algo inevitable, el tenerla entre mis brazos se estaba volviendo una necesidad y por ello no puse objeción alguna cuando ordenó que me desnudara.

Sin estar seguro de lo que hacía y venciendo mi vergüenza, me quitó la camisa con sus ojos fijos en mí. El morbo de la situación fue in crescendo al percatarme que sus

pezones se ponían duros al ver cómo me desnudaba y por ello decidí hacerle un sensual striptease que no le resultó indiferente. Es más, inconscientemente cerró sus piernas al ver que me quedaba en calzoncillos.

—Te juro que no entiendo de qué va a servir esto —dije al despojarme de los mismos.

Contestando a mi pregunta, se acercó a mí y susurró en mi oído:

—Al unir nuestros cuerpos, se enlazarán nuestras mentes y tu poder empezará a despertar.

Con una calentura cercana a la locura y aprovechando su cercanía, le acaricié el pecho por encima del encaje mientras reiteraba mi total desconocimiento de lo que hablaba. Sus pezones reaccionaron a mi caricia demostrando las ganas que tenía esa mulata de dar rienda a nuestra pasión.

—Cuando formalicemos la Triada, nos convertiremos en semidioses —murmuró mientras desde la cama yo buscaba la posición que me diera una visión más amplia de sus pechos.

Al darse cuenta de lo que hacía, se rio y posando su mano en mi entrepierna, dijo con tono ardiente:

—Dime que me deseas y seré tuya.

Esa caricia me provocó una erección instantánea y Lilith tratando de contener su deseo, se mordió los labios. Su cara colorada y la forma en que sus dedos se apoderaban de uno de sus senos, me alertaron de lo excitada que estaba esa monada.

—Desnúdate para mí —repliqué usando el mismo tono dominante que ella. Al fin y al cabo, se suponía que éramos iguales.

Poniendo una expresión llena de picardía, se quitó el top que difícilmente podía ocultar la voluptuosidad de sus pechos y retándome me miró a los ojos, mientras me decía:

—¿Alguna vez has visto algo tan bello?

Me quedé de piedra al comprobar que era todavía más hermosa de lo que me había imaginado. Con unos pezones grandes y negros, esos enormes pechos de ébano se me antojaban más apetecibles y lejos de repelerme, me pedían que hundiera mi cara en ellos.

—Respóndeme —insistió mientras daba un paso hacia mí.

No pude contenerme más. Alargando mi brazo, la agarré de la cintura y tirando de ella, la tumbé a mi lado.

—Ya te estabas tardando en reclamar lo que es tuyo —fue lo que único dijo al sentir que mis manos comenzaban a acariciarla y dando un suspiro, se quedó quieta mientras mis dedos reptaban por su piel.

Su entrega me dio la confianza que necesitaba para que mis caricias se fueron haciendo más atrevidas y el objeto de mi ataque se mordía los labios para no gemir.

—Tranquila, putita mía —dije mientras con mis manos sopesaba el tamaño de sus senos.

Lilith no pudo evitar dar un sollozo cuando sintió que profundizaba en mi ataque recogiendo entre mis dedos uno de sus pezones para acto seguido pellizcar con mis yemas su negra aureola.

—No seas malo —me rogó con los ojos inyectados de lujuria.

—Soy perverso —contesté mientras pasaba mi otra mano por su entrepierna: —y pienso serlo aún más.

Al comprobar que involuntariamente separaba sus rodillas, dejando paso libre a mis caricias, introduje mi mano bajo el diminuto tanga negro que llevaba puesto.

—Mi esclavo y mi señor —rugió descompuesta al notar que mis dedos se habían apoderado de su clítoris.

Totalmente indefensa, tuvo que sufrir en silencio la tortura de su botón mientras disfrutando como un loco de su belleza juvenil no podía dejar de sonreír al ver que no solo estaba húmeda sino totalmente encharcada.

—¿Te gusta sentirte mía? —pregunté sádicamente mientras incrementaba la profundidad de mis caricias.

Consciente de que mis toqueteos habían elevado la temperatura de su cuerpo y de que, si no paraba de torturarla con mis dedos, pronto sucumbiría en un brutal orgasmo, chilló:

—Necesito ser tuya y que tú seas mío.

Satisfecho de que me reconociera que había enloquecido con mis caricias, le di un beso en los labios y abrazándola, comenté:

—A dormir, ¡mañana será un día duro!

Tras unos segundos de incredulidad, Lilith se abalanzó sobre mí y restregando su cuerpo contra el mío, exclamó:

—¡Eres un cabrón! Ni se te ocurra pensar que vas a dejarme así. Tienes que hacerme el amor para compensarme todos los años que te llevo esperando.

Tras lo cual, arrodillándose entre mis piernas, cogió mi pene y antes de introducirse en la boca, en voz baja me aviso de que no iba a cejar hasta dejarme seco.

—Te va a resultar imposible —muerto de risa respondí, creyendo que era una quimera, pero al percatarme de la manera que comenzaba a succionar mi miembro, comprendí que su amenaza iba a tener lugar y que esa loca, pero hermosa mulata no me iba a dejar descansar hasta que no se me levantase.

Reconozco que pocas veces había experimentado algo tan gratificante como sentir el modo en que su lengua recorría los pliegues de mi glande mientras su dueña no dejaba de decir lo feliz que le hacía el saber que pronto la haría mía.

—No sabes cómo me alegra comprobar que mi hombre a pesar de ser blanco y viejo tiene el pene de un negro joven —soltó con el propósito de cabrearme.

—Calla y come —repliqué muerto de risa.

Obedeciendo tanto mi orden como su deseo, abriendo sus labios, fue devorando mi polla lentamente hasta que acomodó toda mi extensión en su garganta. Entonces y solo entonces, usó su boca como si de su sexo se tratara y ante mi incredulidad, empezó a meterlo y a sacarlo de su interior con un ritmo endiablado.

—No puede ser —alucinado por la maestría de su mamada, grité al sentir que todo mi ser reaccionaba y acumulando presión sobre mis genitales, estos explotaron en sonoras oleadas de placer sin que ella dejara que se desperdiciara nada de mi simiente.

—¡Dámelo todo! —chilló golosamente mientras se tragaba el semen al ritmo con el que mi pene lo expulsaba.

Una vez terminé, con su lengua limpió los restos de mi eyaculación y sonriendo, me miró diciendo:

—Ahora toca lo serio. Este cuerpo de diosa necesita que le den un buen meneo.

La desvergonzada frescura con la que me estaba retando, me hizo caer en la trampa y saltando sobre ella, desgarré sus bragas:

—Eran nuevas —protestó soltando una carcajada.

Pasando por alto sus quejas, hundí mi cara entre sus piernas donde su sexo me esperaba completamente mojado. Al pasar mi lengua por sus labios, escuché el primero de los gemidos de esa noche mientras el penetrante aroma a mujer necesitada inundaba mis papilas. Recreándome en su sabor, recogí sus pechos. La mulata colaboró separando sus rodillas y posando su mano en mi cabeza, me exigió que ahondara en mis caricias diciendo:

—Solo había compartido mis besos con Raquel y con nadie más. Ahora sé que hice bien en esperarte.

Escuchar su entrega me volvió loco y pellizcando sus pezones, introduje mi lengua hasta el fondo de su sexo.

—Necesito ser tuya —chilló de deseo mientras reptando por la cama, me rogaba con sus caderas que la penetrase.

Haciendo caso omiso, seguí jugando en el interior de su cueva hasta que sentí cómo el placer la dominaba y que la morenita temblando, de arriba abajo, se corría en mi boca. Su clímax, lejos de tranquilizarme, azuzó mi lujuria y decidido a satisfacerla como mujer, tras tumbarla boca abajo sobre las sábanas, comencé a restregar la cabeza de mi glande entre los labios de su sexo.

—Tómame, ¡lo necesito! —me exigió moviendo su culo y tratando de forzar mi penetración.

—Lo sé —dije dándole un azote —pero si según tú llevas tantos años esperando a que te haga mujer, bien puedes esperar un rato más.

—¡No puedo! ¡Fóllame! Necesito sentir tu polla dentro de mí.

Comprendiendo que no podía postergar más el tema, de un solo empujón mandé al olvido su virginidad invadiendo su sexo. Ella, al sentir mi pene chocando con la pared de su vagina, gritó presa del deseo y retorciéndose, se dio la vuelta:

—Muérdeme los pechos —me pidió.

Obedeciendo acerqué mi boca a sus senos y sacando la lengua, comencé a lamer sus pezones.

—Te he ordenado que me los muerdas, no que me los chupes —aulló fuera de sí

Su tono me cabreó y queriendo demostrar que podía ser también bruto, clavé con fiereza mis dientes en una de esas negras y apetitosas tetas. Lilith no debía de esperarse tal saña de mi parte, pero aun así me incitó a seguir mordiendo con su respiración entrecortada.

Obedeciendo, cerré con mayor fuerza la mandíbula. Os he de decir que nunca pensé en hacerle una herida y por ello al sentir el sabor dulzón de su sangre recorriendo mis papilas, temí haberme pasado, pero entonces presa de placer la mulata me reclamó que bebiera de su roja esencia diciendo:

—Toma parte de mi poder, amado mío.

Por algún motivo, esa petición me hizo enloquecer y fuera de mí, incrementé la

velocidad con la que machacaba su sexo mientras succionaba de su herida. Lilith respondió con lujuria creciente y acercando su boca a mi cuello, me mordió. Mi chillido de dolor se mezcló con sus gemidos de placer y estimulado por el castigo, sincronice con ella mis movimientos.

Para entonces nuestro galope se había convertido en una desenfrenada carrera cuyo único objetivo era nuestro placer, pero, mientras alcanzábamos esa meta, noté que su mente y la mía se fusionaban al tiempo en que nuestros cuerpos eran sacudidos por un brutal orgasmo.

—Riega mi campo con tu semilla —rugió al sentir que mi pene explotaba en su interior y decidida a disfrutar de mi entrega, contrajo los músculos de su vagina para así aplicar una presión desconocida mientras me vaciaba en ella.

No me preguntéis la razón ni el cómo, pero en ese momento sentí que Raquel se nos unía y que nos abrazaba mientras al unísono nos corríamos.

—Venid a por mí, os espero —me pareció escuchar, pero agotado por el esfuerzo, no pude evitar desplomarme sobre las sábanas.

La morenita cayó sobre mí y mientras su cuerpo era sacudido por los estertores del gozo, me abrazó llorando:

—Has bebido mi sangre y yo la tuya. Amo y esclava, esclavo y ama por toda la eternidad. Ahora solo tenemos que reunirnos con Raquel para que la Triada renazca de sus cenizas.

Al percatarme que las lágrimas no solo recorrían sus mejillas, sino también las mías, le pregunté preocupado que pasado:

—Tras toda una vida encerrada, hemos liberado nuestra herencia y ahora nadie podrá evitar que cumplamos con nuestro destino.

No sé si pude llegar a contestar antes de caer desmayado. Solo recuerdo que me pareció advertir que a Lilith le habían crecido los colmillos cuando de pronto todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor....

Convencido de que realmente había visto en la sonrisa de Lilith el brillo de dos afilados colmillos que rivalizarían con los de un tigre, durante ese extraño sopor me debatí siendo el personaje principal de sueños tan violentos como malignos. Atroces delirios en los que mataba asesinaban y creaba el caos a mi alrededor. Sangrientas visiones en las que era la muerte y manejaba mi hoz para decidir quien vivía o moría sin importarme si tenía o no culpa. Pesadillas en las que regía el mundo con demoníaca sed de violencia.

Toda la mañana estuve inmóvil e incapacitado mientras se producía una catarsis en la que un poder interior en mí se intentaba zafar de viejos remordimientos y desconocidas cadenas que me anclaban en mi antiguo ser. Solo sé que, a pesar de esa agonía, no pudo borrar mi forma de pensar.

Sé que renací, pero básicamente seguía siendo yo. Me sentía y me veía igual de cretino, solo que más fuerte y con nuevas necesidades. La fatalidad quiso que nada más despertar esas necesidades fuesen puestas a prueba con Juncal y es que seguía acostado intentando asimilar lo ocurrido cuando escuché que la madre de Raquel entraba en la habitación y sin importarle que estuviese desnuda abrazada a mí, preguntaba a la mulata si tenía hambre. mientras ponía el cuello a su disposición:

—Yo sí —rugí al ver que ponía el cuello a su disposición.

He de decir que al escuchar como la sangre recorría sus venas, no pude contener mis ansias y tiré de ella. la cuarentona no solo no se quejó al notar mis colmillos hundiéndose en su yugular, sino que con una extraña determinación me rogó que me alimentara de ella mientras Lilith se reía a carcajadas diciendo:

—Bebe de esta puta, pero no la mates. A Raquel no le gustaría.

La inyección de energía que fluyó por mi cuerpo al beber su rojo elixir me aterrorizó, pero incapaz de contener mi naturaleza salvaje, me seguí alimentando de las venas de Juncal mientras está empezaba a sollozar de placer.

—Mi señor, mi dios, mi sino —chilló la cuarentona babeando presa de un siniestro y profundo orgasmo.

Con mi apetito parcialmente saciado, lamí la herida de su cuello y ante mi atónita mirada esos orificios de donde brotaba ese delicioso néctar se cerraron casi de inmediato con mi saliva. Entonces y solo entonces, me percaté realmente del ser en el que me había convertido.

—¡Somos vampiros! —exclamé aterrorizado a Lilith.

Abrazándome desnuda, la mulata respondió:

—No amor mío. ¡Somos dioses!

Recalcando sus palabras, cogió mi sexo entre sus manos y señalando a Juncal, me ordenó que premiara a nuestra esclava. La bella madura supo que se deseaba de

ella, se puso a cuatro patas frente a mí, ella y con una sonrisa en sus labios, musitó:

—Haga que mi vientre florezca por segunda vez.

Como por arte de magia, una poderosa erección brotó al contemplar las nalgas de esa mujer temblando de deseo y siguiendo los dictados de mi pareja, la empalé sin delicadeza mientras Lilith la obligaba mover las caderas con una serie de dolorosos mandobles en su trasero.

—Amor mío, fóllatela. Es tu deber. Un dios debe extender su progenie.

Por extraño que parezca supe que era así y que, a partir de ese instante, una de mis funciones iba a ser preñar a mis fuentes de alimento para de esa forma desparramar con mis genes por toda la creación.

Sin meditar si era lícita o no esa táctica, besé a mi mulata mientras descargaba la producción de mis huevos en el vientre de Juncal como si fuera una res destinada a ser inseminada.

La bella cuarentona recibió mi semen con alborozo y mientras se corría con mayor fuerza que la primera vez, me prometió que cuidaría de mi retoño y que, de ser necesario, tanto Simón como ella darían su vida por él.

Os juro que pensé que era una exageración, pero entonces desde la puerta escuché al viejo judío decir:

—Juro que educaré a su hijo como si fuera mío.

A pesar de no saber que nos había estado espiando, por su tono comprendí que no estaba molesto después de ver cómo me beneficiaba a su amante. Es más, al mirarle advertí en su mirada una devoción fuera de lugar y viendo que Lilith me miraba divertida, le pedí en voz baja que me explicara el porqué de esa actitud.

—Cualquier otro estaría cabreado —comenté.

—Te equivocas. Mientras Juncal esté embarazada de ti, cada vez que se acueste con ella recibirá unas gotas de tu poder y con ello, sabe que no envejecerá ni un solo día.

Esa explicación me pareció absurda y así se lo hice saber. La mulata ni siquiera intentó discutir y tomándome del brazo me llevó ante un espejo:

—Dime que ves.

No supe que decir al no reconocerme en el hombre desnudo que aparecía en él. Era consciente de ser un cuarentón más o menos bien conservado, pero el Pedro que veía era un Pedro más alto, más fuerte, hasta más guapo, pero sobre todo más joven.

—¿Qué me ha pasado? — todavía aturdido pregunté.

Pegándose a mí, la bellísima mulata susurró:

—Estás cambiando. Eras una mariposa encerrada en tu antiguo cuerpo que se hubiese marchitado poco a poco, pero gracias a que nos has encontrado has comenzado a mutar. Cuando tu metamorfosis acabe te habrás vuelto irresistible y no habrá ser humano, mujer u hombre que pueda evitar querer convertirse voluntariamente en tu cena.

Curiosamente, no me molestó que equiparara el resto de la humanidad al ganado y lo único que quise que me aclarara es cuánto tiempo tendría que esperar para ver en lo que me había convertido.

—Realmente no lo sé. Todas las fuentes hablan de que nuestra vida se extenderá por siglos, pero poca cosa más.

—¿Fuentes? —pregunté.

Riendo a carcajada limpia, contestó:

—Aparte de los historiadores de la Grecia clásica como Heródoto o Jenofonte, nos tenemos que fiar de lo que aparece en la biblia y en otros libros sagrados como los Vedas hindús.

Dando por cierta esa afirmación, recordé a Raquel y tomándola de la cintura, le pedí que me aclarara en qué había pensado para hallarla.

—Sé que debe estar encerrada porque si no nos habría encontrado. Todavía es pronto para enfrentarnos a nuestros enemigos. Antes debemos hacernos más fuertes. Por ello creo que lo mejor es que busquemos algo de comer.

Asumiendo el tipo de alimento del que hablaba, contesté:

—Me parece bien, pero no quiero que nadie salga muerto.

Haciéndose la indignada, dijo hecha una furia:

—Nunca he matado a nadie. Siempre tengo cuidado.

Confieso que la creí y mordiendo el lóbulo de su oreja, repliqué:

—Una vez aclarado necesito hacerte el amor. Luego y para tener un menú amplio con todo tipo de opciones, ¿te parece que vayamos a una terraza de moda?

—Sí, mi dios...

Al salir de la casa y aunque estábamos seguros de que nadie nos había seguido hasta ahí, buscamos la presencia de alguien sospechoso y tras ratificarnos en la idea que ese lugar seguía siendo franco, me dirigí a comer acompañado de la mulata. Contra toda lógica me importaba bien poco el tipo de banquete que nos íbamos a dar al verme subyugado por las sensaciones que mi nuevo y joven cuerpo provocaba en mí. Es más, estaba expectante de experimentar y acelerar los cambios que Lilith había pronosticado.

Nuestro peculiar restaurante no podía ser otro que la terraza del Urban, uno de los lugares de culto de la gente bien de Madrid. Según palabras de Lilith, allí se concentran los bocados más selectos de la capital. No me quedó duda que era así al irnos acercando por la carrera de San Jerónimo y observar el nutrido grupo de veinteañeras que en sus puertas intentaban entrar exhibiendo sus atractivos ante los porteros.

—¡Hay mucho donde elegir! —dije a la mulata valorando la belleza de los ejemplares que el destino nos había puesto a disposición.

—¿Tienes alguna preferencia o prefieres que te las elija yo?

—¿Porque hablas en plural? ¿Acaso quieres organizar una orgía? —riendo respondí.

Sin perder la compostura, replicó:

—Más sangre significa más poder y si no queremos matar a nadie, debemos extraer un máximo de un litro por cada uno de ellos.

Si alguien me hubiese asegurado con anterioridad de que llegaría un día en el que vería normal el charlar sobre la cantidad de plasma sanguíneo que podíamos sustraer sin provocar graves secuelas en el donante, lo hubiese tildado de loco. En cambio, esa mañana me pareció algo evidente y por ello, mi única respuesta fue:

—¿Cuántas de estas putas crees que tenemos que reservar para cada uno?

—Tú haz lo que quieras. Yo pienso agenciarme a tres machotes —muerta de risa respondió.

Su descaro al hablar de sexo con otros hombres no despertó ni una pizca de celos en mí y eso me dio que pensar, ya que durante mi vida anterior había sido un celoso empedernido.

Al comentárselo a Lilith, me miró diciendo:

—No tendría sentido que te molestara. Al fin y al cabo, son solo humanos.

La naturalidad con la que justificó mi falta de celos desarboló mi lógica. Movido quizás por mis nuevas necesidades alimenticias, mandé el tema a un rincón de mi mente y tomándola de la cintura, me puse en la cola con la idea de evitar que el portero nos pusiera problemas para entrar. Lo conocía y sabía que ejercía despóticamente su autoridad con todo el mundo.

Por ello, me sorprendió que, al mirarme, bajara los ojos y casi servilmente me dejara pasar.

«¿A este que le pasa?», me pregunté mientras entraba en el local.

Lilith debió leerme los pensamientos porque, pegándose a mí, susurró en mi oído:

—Tu poder debe haber crecido más de lo que suponíamos. Ese tipejo está más que habituado a alternar con todo tipo de personas, pero ha visto en ti algo que le ha aterrorizado.

No contesté porque entre otras cosas estaba de acuerdo con ella, al pasar a su lado su mirada traslucía pavor. Ya dentro del local, con disgusto comprobé que estaba lleno y acercándome al encargado, le pedí una mesa temiendo que pensando que era imposible. Me quedé pasmado al ver que no solo no me decía que no, sino que levantando a un grupo de habituales nos daba su lugar diciendo:

—Me alegro de volverlos a ver.

Con la certeza de que era la primera que me topaba con ese tipo, preferí no decir nada y me senté mientras la mulata ordenaba que nos trajera una botella de champagne.

—Amor, ese grupo de fulanas no dejan de mirarte —comentó con desparpajo Lilith: —¿Quieres que las invite a sentarse con nosotros?

Girando la cabeza, miré en la dirección que me decía y contrasté que no mentía al pillar a las muchachas riéndose mientras me señalaban. Sin tenerlas todas conmigo, resolví corroborar hasta donde llegaba esa supuesta capacidad de influir en otras personas y haciendo un gesto, les ordené que se acercaran.

Mi capacidad de asombro se vio nuevamente puesta a prueba porque de inmediato y sin hablarlo entre ellas, las tres chavalas se apresuraron en obedecer.

—Hola, ¿me puedo sentar a tu lado? —preguntó la más lanzada, una pelirroja guapa a rabiar.

Al asentir, directamente me preguntó:

—Perdona, pero... ¿te conozco de algo? Desde que te vi entrar, me resultaste extrañamente familiar.

—¿Solo eso? —repliqué interesado en averiguar qué era lo que realmente sentía.

Incapaz de mirarme a la cara y temiendo quizás mi rechazo, contestó casi llorando:

—Me gustaste. Eres el hombre más atractivo que he visto jamás. Hasta tu olor me pone cachonda.

Apenas hice caso a su sincera y avergonzada confesión porque mi vista y mi atención estaba centrada en la vena que palpitaba en su cuello.

—¡Aquí no! —me recriminó Lilith al darse cuenta de mis intenciones: —Hay demasiada gente. ¡Si no aguantas el hambre! Vete al baño con ella.

Por un momento dudé si hacerla caso, pero viendo que sus compañeras aguardaban de pie que les hiciera caso, decidí que era mejor dejarlo para más tarde y atender así a mis nuevas amigas.

—Por favor —dije invitándolas a sentarse.

La muchacha queriendo mantener la ventaja o temiendo quizás que le quitaran el sitio se sentó en mis rodillas y se presentó la primera:

—Me llamo Sonia.

Reconozco que me hizo gracia que no contenta con ello, la muchacha se

permitiera el lujo de restregar su trasero en mi bragueta y sabiendo que no se iba a molestar, atrayéndola hacía mí, la besé. Tal y como había predicho, la joven reaccionó favorablemente a mi ataque y mientras gemía descompuesta al sentir que una de mis manos se perdía entre sus piernas, buscó mis besos con pasión.

Una de la otras dos, una gordita bastante simpática, o bien creyó que no podía dar tanta ventaja a su amiga o bien decidió que ella se merecía el mismo trato, porque cogiendo mi mano libre y llevándola entre sus muslos, me soltó:

—Soy Mariana y también estoy encantada de conocerte.

Lilith al observar que la última, una morena espectacular miraba con rencor a sus conocidas, juzgó conveniente intervenir y dirigiéndose a ella, comentó:

—¿Os apetece montaros una pequeña fiesta con nosotros?

—¿Quiénes? —totalmente cortada, respondió.

Soltando una carcajada, la mulata la tomó su barbilla y le mordió los labios, para acto seguido decirle:

—Las tres.

Roja como un tomate y sin parar de temblar, la morena aceptó implícitamente al contestar:

—Soy Alicia y ¿tú?

Acortando las presentaciones, Lilith le preguntó si tenían coche. Al responder que sí, le dio la dirección y las llaves de su casa diciendo:

—Lleva a mi hombre y a las otras dos putas allí y dile a Pedro que no se preocupe por mí, que llevaré mi propia comida.

Tras lo cual se fue a bailar junto a un grupo de ejecutivos que no hacían otra cosa que mirarla desde la pista...

Ni siquiera me había dado cuenta de que se había marchado hasta que, tocando mi hombro, Alicia me informó de lo que había hablado con ella. El deseo que vi reflejado en la cara de sus amigas al escuchar que contábamos con ellas para montar una orgía me impresionó. Aun así, manteniendo una actitud distante, decidí tomar la temperatura de ambas y directamente les expliqué que, de acompañarme, debía aceptar por anticipado que las iba a usar de todas las formas sexuales que me apeteciera.

—Nunca me he acostado con una mujer, pero por ti lo haría —respondió Mariana mientras disfrutaba, moviendo su cadera, de los dos dedos con los que la tenía empalada.

—¿Y vosotras? —pregunté a las restantes.

Alicia, que hasta ese momento no había disfrutado de mis caricias, contestó pegándose a mí:

—Mi culito es virgen, pero estoy deseando que deje de serlo y que tú seas el que me lo rompa.

Sonia al escuchar las confidencias de las otras me miró a los ojos y riendo con picardía, comentó que a ella le habían hecho de todo menos matarla.

—A lo mejor te mato —respondí mientras pellizcaba uno de sus pechos.

Mi respuesta la hizo reír y aceptando el riesgo, respondió:

—Aun así, voy. Por nada del mundo me perdería un polvo contigo.

En ese momento, no estaba seguro de qué era más fuerte, si el deseo de follarme a esas tres o el hambre que sentía al observar el latido de sus venas. Ahora que ha pasado, sé que ambas sensaciones eran la misma ya que saciaría mi apetito de sexo y de sangre a la vez.

—Entonces, ¿nos vamos? —suplicó ansiosa Alicia.

Su tono desesperado me intrigó y antes de responder le di un buen repaso con la mirada.

—Tengo que reconocer que estás muy buena —sentencié valorando positivamente el conjunto, pero muy especialmente los enormes melones con los que la naturaleza había dotado a la muchacha.

—Muchas gracias —contestó mientras su expresión de desamparo era sustituida por una sonrisa: —Como ya te dije, soy toda tuya.

Llamando al camarero, pedí la cuenta. Mientras nos la traía, me acerqué a donde Lilith cazaba para despedirme y preguntarle si creía que era seguro el separarnos.

—Tú tranquilo, saldré de aquí bien resguardada —replicó señalando a dos fornidos treintañeros que bailaban a su lado.

—Hasta pena me dan los pobres —comenté descojonado al observar que se comían a la mulata con los ojos.

Aceptando que no correría peligro con esos dos animales protegiéndole las espaldas, quedé con ella que nos alcanzaría en más o menos una hora. Tras lo cual y en compañía de mis viandas, abandoné el hotel Urban. Las tres mujeres estaban entusiasmadas con la idea de compartir cama conmigo e ignorando que además de aplacar mi hambre de sexo me iban a donar su sangre, no paraban de reír de camino al coche.

Mariana, demostrando que era la más puta y por tanto la más experta en esas lides, bromeó con sus amigas sobre a quién me iba a follar antes:

—Si dejáis que sea yo, me comprometo en ser vuestra esclava durante un mes.

Sonia, sin soltarme de la cintura, sonrió al escuchar la propuesta y tomándole la palabra, preguntó a Alicia a que estaba dispuesta para ser la elegida. Creyendo que no era en serio, la joven contestó:

—Yo me muero por saborear su semen. Si Pedro me deja mamársela antes que vosotras, os prometo cumplir todos y cada uno de vuestros caprichos durante el mismo mes.

—¿Todos? ¿Todos?

—Lo juro —muy segura de sí respondió.

A carcajada limpia, la pelirroja comentó mirándome a la cara:

—Como yo fui a la que tocaste, creo merecer ser la primera... pero me gustaría que te apiadaras de este par de zorras y que mientras conduzco, permitas que Alicia haga realidad su deseo y luego ya en la casa, la primera a la que te folles sea a Mariana.

Sospechando el porqué de tanta generosidad quise que lo reconociera en voz alta y directamente la interrogué por sus motivos:

—No me importa esperar, si luego y durante un mes las tengo a mi servicio —con una sonrisa de oreja a oreja replicó.

—¿Tienes algo pensado para ellas? —insistí al asumir que no había contado todo.

Totalmente colorada, me soltó:

—Imagino que después de esta noche tendré todos mis agujeros para el arrastre y me vendrá bien que un par de zorritas me los mimen con sus boquitas mientras me recupero.

Las aludidas levantaron la voz protestando al sentirse engañadas, pero entonces con tono duro Sonia les respondió:

—Alicia, tú has jurado cumplir todos mis caprichos y Mariana, tú has ofrecido ser mi esclava —tomando aire mientras me miraba implorando que la diera la razón, prosiguió: —Si Pedro tiene a bien cumplir vuestros caprichos, pienso obligaros a respetar vuestras promesas y que seáis mis putas durante treinta días.

Tronchándome de risa por su descaro y por su ingenio, no solo aprobé sus argumentos, sino que zanjé cualquier tipo de discusión, diciendo:

—No me gusta la gente que se eche atrás. Si todavía queréis acompañarnos, tenéis que jurarme que haréis honor a vuestra palabra.

Con cara de pocos amigos, la gordita y la morena ratificaron sus ofertas....

Ya en el aparcamiento y mientras Sonia pagaba, Mariana y Alicia estuvieron hablando entre ellas. No tuve que esforzarme mucho para comprender que se estaban confabulando contra la pelirroja, pero como lo que esas zorras hicieran una vez yo no estuviera presente me venía sin cuidado, apenas presté atención. Bastante tenía al pensar en cómo le haría para satisfacer a tres voraces hembras yo solo y que al dejarlas ir no contaran a nadie que me había alimentado de ellas.

«Lilith sabrá cómo hacerles callar», aliviado pensé al recordar que había quedado con la mulata que llegaría en una hora, pero entonces me percaté que la gordita y la morena se estaban poniendo nerviosas.

—¿Qué os pasa? —pregunté al observar que acercándose a mí se ponían a olisquearme.

Ninguna contestó. Las dos parecían en trance mientras hundían sus narices en mis sobacos.

—¡Dios! ¡Cómo me pones! —murmuró Alicia descompuesta al no poderse contener.

Olvidando el que estábamos en mitad del parking y que cualquiera podía vernos, la morena comenzó a intentar bajar mi bragueta mientras me rogaba que la dejara hacer. Viendo su urgencia busqué la ayuda de Mariana, pero la gordita parecía presa de la misma pulsión erótica y se estaba masturbando sin perder ojo a las maniobras de su amiga.

«¡Están fuera de control!», comprendí mientras Sonia muerta de risa abría su coche.

Para evitar el escándalo, me metí en el flamante Audi de la pelirroja, sabiendo que detrás vendrían esas dos lobas. Lo que nunca preví fue que al entrar Alicia se bajara la cremallera de su falda contoneándose y me dijera que necesitaba ponerse cómoda.

«Mierda, me estoy poniendo bruto», reconocí para mí cuando la chica no contenta con quitársela, se empezaba a desabrochar los botones de su camisa.

—Será mejor que salgas del aparcamiento antes que este par de zorras se queden en pelotas —al comprobar que en el asiento delantero Mariana se ponía a imitar a su amiga, comenté a la conductora.

—No sé qué nos has dado o qué hemos tomado, pero las entiendo —Sonia contestó: —Tienes algo subyugante y también yo estoy deseando que me folles.

Me di cuenta de lo mucho que le estaba costando el mantener la cordura y temiendo que esas tres locas se lanzaran al ataque a la vez en mitad de la castellana, comenté a la gordita si se creía capaz de hacer que la pelirroja se corriera mientras estaba al volante.

Para entonces la calentura que experimentaba había nublado su entendimiento y olvidando que jamás había estado con otra mujer, riendo me dijo que por supuesto y sin preguntar la opinión de Sonia dejó caer una mano sobre sus muslos.

Que separara las piernas mientras se reía, me tranquilizó.

Enfocando mi atención en la mujer que tenía al lado me giré y comprobé que ya estaba casi desnuda. Eso me permitió deleitarme con la belleza de su cuerpo y tras darle un buen repaso, reconocer que me gustaba todo de ella. Con una cara preciosa, unos pechos de colegiala, y unas piernas rozando la perfección, lo que realmente me cautivó fueron su culo y su pubis.

Encantada con mi examen, Alicia exhibió sus poderosas nalgas sin ningún pudor y demostrando a mis ojos que eran el complemento perfecto a su sexo completamente imberbe.

—¿Estoy buena? —me preguntó sin dejar de jugar conmigo.

—No lo sé todavía no te he probado, pero eso se puede solucionar —respondí metiendo una yema dentro de su sexo para acto seguido, completamente embadurnado de su flujo, llevármelo a la boca: —Sí, ¡estás muy buena!

La morena se había quedado paralizada viendo mi satisfacción al lamerlo y por eso le recordé con una nalgada que bastaba de jugar y que había quedado en hacerme una mamada.

—Obedece puta, que luego me toca a mí —gritó desde su asiento Mariana.

Al girarme, vi a la gordita totalmente entregada masturbando a Sonia y a ésta, encantada, separando sus rodillas para facilitar las caricias de su amiga.

«Joder con las nenas», rumié al notar su creciente calentura.

Alicia tampoco estaba muy tranquila que se diga porque mientras sacaba mi pene de su encierro, me susurró al oído:

—Me muero por probar tu leche.

Nada más decirlo, la morena comenzó a pajearme con entusiasmo al tiempo que con sus dientes mordía sensualmente el lóbulo de mi oreja. Esa múltiple estimulación, la paja, el mordisco y el morbo de tener público hicieron que mi pene se fuera endureciendo mientras esa joven acariciaba arriba y abajo mi sexo.

—A este ritmo, no tardaré en correrme —reconocí previendo lo inevitable.

Lo que nunca me imaginé fue que ella me contestara que tenía razón y que sería un desperdicio y menos que sin darme opción a reaccionar, abriendo sus labios, se lo metiera de un golpe hasta el fondo de su garganta.

—¡Qué bruta eres! —comenté un tanto cabreado por su rudeza.

Si creéis que le importó mi queja, os equivocáis de plano porque una vez se había metido mi verga en su boca, puso todo su empeño en ordeñarla mientras yo la miraba alucinado al tener que admitir que era una mamona innata.

«¡Es una maquina!», sentenció al disfrutar del modo en que metía y sacaba mi fuste de su interior.

Daba la impresión de que su vida dependía de ello por la maestría y por el ritmo con los que buscaba que derramara mi semen en su garganta.

—¡Joder! ¡Tranquila! —exclamé al observar que, dando rienda libre a su calentura, usaba una de sus manos para acariciarme los testículos mientras metía la otra entre sus piernas.

—¡Cómo necesitaba sentir esto! —chilló de placer al experimentar la tortura de sus dedos sobre su clítoris.

El pestazo a sexo y a hembra necesitada impregnaba ya el habitáculo del coche hambrienta que manaba de los coños de las tres. Al inhalar ese concentrado aroma y sin poderme retener me vacié en su boca. Alicia, al notar mi explosión de semen contra su paladar, se volvió loca y gritando descompuesta, bañó su cara con los blancos chorros que manaban de mi pene mientras se unía a mí en un sonoro orgasmo.

Por un segundo creí, gracias a intensidad con la que se había corrido, que se habría tranquilizado, pero me equivoqué. Tras unos segundos, la vi levantar la mirada y con sus ojos fijos en los míos, empezó a recoger con sus dedos mi simiente de sus mejillas.

Con ellos bien impregnados, se los llevó a la boca y sacando la lengua, los devoró mientras me decía que no la mirara así, porque llevaba soñando con hacerme una mamada desde que me vio entrar en la discoteca. Tras lo cual y soltando una carcajada, se dedicó a limpiar a base de lengüetazos los restos de leña hasta que ya saciada, se dirigió a sus amigas diciendo:

—Gracias por dejarme ser la primera.

No sé si la oyeron porque justo en ese preciso instante, Sonia se estaba corriendo mientras presionaba la cabeza de la gordita contra su coño...

Por raro que parezca, las tres jóvenes se empezaron a poner histéricas al llegar a casa de Lilith. Era como si les diera miedo lo que se iban a encontrar.

—¿Qué os ocurre? —pregunté al ver que en la puerta dudaban si entrar.

Sin levantar su mirada, Mariana exteriorizó sus temores:

—¿Vamos a estar solo contigo o tendremos que acostarnos con alguien más?

Desternillado de risa, comprendí sus reparos y abriendo la puerta de par en par, les mostré que no había nadie.

—Yo no comparto mis putas con nadie.

O bien ninguna se percató de mi insulto o bien no les molestó que me refiriera a ellas con ese calificativo y ya más tranquila, la gordita insistió en pasar directamente al cuarto.

—¿Tanta prisa tienes en que te folle?

Abochornada, reconoció que no podía esperar más para entregarse a mí.

—¿Y vosotras? —pregunté.

Sonia con tono firme, contestó:

—Lo mismo —y mirando a Alicia, sentenció en nombre de las dos: —Ambas deseamos ser tuyas.

Sabiendo que así era, las llevé a la habitación y sin hacer caso a sus besos, me tumbé en la cama diciendo:

—Me prometisteis cumplir todos y cada uno de mis caprichos. Quiero ver como os calentáis entre vosotras.

Aunque se sintieron decepcionadas, ninguna se quejó. Es más, Sonia aceptando que si quería estar conmigo era inevitable obedecer antes, se acercó a donde Lilith guardaba sus cedés y localizando uno en particular, encendió el equipo de música.

No me costó reconocer la voz de Jane Birkin cantando “Je t’aime” y satisfecho por su elección, les ordené comenzar. Desde la cama, observé que Mariana y Alicia se lanzaban coordinadamente sobre la pelirroja y que ésta sorprendida, nada podía hacer por repeler ese ataque.

«Está claro que ya lo que habían hablado entre ellas», dije para mí al ver que mientras la gordita la retenía, la morena le desgarraba el vestido.

—¡Estas locas! —Sonia protestó.

La que en teoría tenía que servirla durante un mes soltó una carcajada y llevando sus manos a los pechos de su indefensa víctima, le regaló sendos y dolorosos pellizcos en los pezones.

«Esto sí que no me lo esperaba», concluí impresionado por la violencia que estaba ejerciendo sobre su amiga, pero no intervine al darme cuenta de que venía estupendamente a mis intereses.

La cruel espiral en la que estaban inmersas llegó a su cenit una vez y entre las dos habían desnudado a Sonia. Con implacable ferocidad, Alicia tirándola del pelo le ordenó que le comiera el chumino.

—Jamás —respondió la pelirroja.

Apoyando a su compinche, Mariana comenzó a azotar su trasero tras inmovilizarla. Los chillidos de dolor de la joven no hicieron más que incrementar la determinación de su amiga y con un frenesí que me dejó acojonado, empezó a violar su coño con las manos.

—Siempre he querido darte una lección —comentó mientras ensartaba de modo bestial a la pobre chavala.

La rabia con la que atacaban a la pelirroja me hizo pensar que no era natural y que algo debía estar influyendo en ellas. Quizás por ello, decidí intervenir a favor de Sonia y cogiéndola de la cintura, separé a Mariana de ella.

La gordita me malinterpretó y creyendo que había llegado su momento, se olvidó de ella. Poseída por la lujuria, se desnudó con rapidez y ya en pelotas, se subió encima de mí para que la empalara.

—¡Fóllame en plan salvaje! ¡Lo necesito! —aulló mientras se dejaba caer sobre mi erección.

La brusquedad de la gordita me terminó de enervar y por ello quizás cuando sin que yo se lo tuviera que pedir, puso su cuello en la boca con la intención de que le hiciera un chupetón, aproveché para morderla.

—¡Dios mío! —sollozó al sentir que mis colmillos se hundían en su cuello y como si fuera una adicta recibiendo su droga, me rogó que continuara chupando mientras se retorció de placer.

El dulce sabor de su sangre recorriendo mi garganta elevó mi calentura y cogiendo sus pechos, los empecé a estrujar mientras seguía extrayendo su vida poco a poco.

—¡Me estás matando! —rugió descompuesta al sentir que sus neuronas estaban a punto de achicharrarse por el orgasmo que las recorría.

Temiendo que sus gritos alertaran a las otras dos y estas salieran corriendo al ver lo que estaba pasando a su lado, las miré. Me calmé al comprobar que habían cambiado de postura y que Alicia, encaramada sobre su cara, obligaba a su amiga a seguir comiéndole el felpudo.

«No son conscientes de nada», me dije cuando de pronto, Mariana cayó desmayada sobre la cama. Al hacerlo, no solo salvó su vida, sino que me informó que le había hurtado demasiada sangre.

Recordando que mi saliva cerraría su herida, sacando la lengua, lamí los orificios donde le había clavado mis colmillos. Como en el caso de Lilith, al hacerlo, el corte se cerró y dejó de supurar.

«Casi la mato», murmuré molesto por lo cerca que había estado, pero también porque seguía hambriento.

Asumiendo que debía tener más cuidado o me convertiría en un asesino, miré a las dos jóvenes, tratando de decidir quién sería la siguiente en donar su sangre. Sin saber a lo que se arriesgaba la morena, para nada satisfecha con las caricias de Sonia, se libró de ella al ver estaba libre y que mi montura hasta ese momento dormitaba a mi lado:

—¡Ahora fóllame a mí! —me exigió de malos modos.

La pelirroja intentó protestar diciendo que era su turno, pero Alicia le respondió con una bofetada tan salvaje que le hizo rodar sobre la cama y ante mi estupefacción, cayó al suelo. Nuevamente la morena me demostró que de mosquita muerta no tenía nada porque sin inmutarse, se giró y poniéndose a cuatro patas, me ordenó que la tomara.

«Tú te lo has buscado», sentencié cabreado por el modo arisco que había usado y acercándome a ella por detrás, usé mis manos para separar sus nalgas.

Su virginal y rosado hoyuelo no hizo más que ratificar mi decisión y tras embadurnar un par de dedos en su coño, se los incrusté en el trasero. La morena lloró de dolor, pero eso no me conmovió. Aprovechando que Sonia se había levantado del suelo y babeaba excitada viendo mis maniobras, le ordené que escupiera en el ojete de su amiga.

—No es mi amiga —respondió mientras dejaba caer un buen chorro de saliva sobre el esfínter de la joven.

Sin meditar realmente lo que iba a hacer, me acerqué y usando mi pene a modo de ariete, invadí las defensas traseras de Alicia mientras, pegándose a mi lado, la pelirroja coreaba cada uno de mis embistes.

—¡Dale duro! ¡Esa puta me ha violado! —me decía entusiasmada con los berridos que daba su agresora al ser sodomizada: —¡Se merece que le rompas el culo!

Aun entendiendo que en ese momento la aborreciera, algo en su actitud me hizo sospechar que nuevamente tanta violencia enquistada no era normal y que esas tres destilaban demasiado odio. Sé que debía haber pensado en ello, pero para entonces mi apetito de sangre me había vuelto a dominar y olvidando la presencia de la pelirroja, me agaché sobre mi montura y acercando mi boca, hundí mis colmillos en su yugular.

Como había ocurrido con Mariana, el dolor y el placer se mezclaron en Alicia y olvidando su sufrimiento, sollozó diciendo que era mía.

—Tú y tus amigas —respondí mientras seguía exprimiendo sus venas.

Para mi sorpresa, Sonia al ver la sangre de su conocida manando de su cuello no solo no huyó, sino que siguió jaleando mis maniobras y demostrando una falta total de sentido común se comenzó a masturbar.

—Mátala, vampiro mío —chillaba sin dejar de torturar su más que excitado clítoris.

Realmente creo que Alicia jamás fue consciente de que estuve saciando mi hambre con su sangre y menos de lo cerca que estuvo de convertirse en una víctima y que se salvó al caer agotada sobre las sábanas tras correrse.

—No la dejes vivir —chilló la pelirroja al ver que me desentendía de la morena y lanzándose sobre ella, la intentó estrangular.

Cogiendo entre mis brazos a la furibunda muchacha, la separé de Alicia. Tratándola de calmar, le solté un guantazo y por fortuna ese guantazo fue mágico porque olvidando a la que había sido su amiga, se acercó a mí y poniendo su cuello a mi disposición sollozó diciendo:

—Bebe de mí, quiero demostrarte que ya soy tu puta y que quiero ser tu esclava.

He de decir que por un momento estuve a punto de rechazarla, pero al sentir que tenía el corazón acelerado y ver cómo le palpitaba la vena, no me pude resistir y la mordí...

La primera misión de mi nueva sierva consistió en confirmar que sus amigas no recordaban que me habían donado voluntariamente su sangre.

—Mi señor, el placer que sintieron con usted fue tan inmenso que borraron de su memoria todo lo demás —me informó después de mandarlas en taxi.

—¿Y tú que recuerdas? —pregunté.

Llena de alegría, respondió:

—Todo, mi señor, recuerdo todo.

—¿Y no te da miedo saber qué soy? — insistí al comprobar que seguía sonriendo.

Sonia se tomó unos segundos para contestar:

—Nada de lo que he sentido antes se puede comparar con el placer que sentí cuando sus colmillos se hundieron en mi carne y por eso sé que mi lugar está a su lado.

La felicidad que manaba de sus poros solo era comparable a la sumisión que mostraba. He de reconocer que estaba deseando comprobar los límites de su entrega, pero la llegada de Lilith evitó que lo hiciera.

—¿Qué hace esta puta todavía aquí? —quiso saber al reconocer en el cuello de la pelirroja la marca de haber sido mordida por mí.

De algún modo, Sonia comprendió que su futuro dependía de lo que la mulata pensara de ella y decidida a demostrar que también le podía ser útil, se arrodilló frente a ella y extendiendo sus brazos, respondió:

—Mi señor ha hecho el honor de acogerme como su sucia esclava para que dedique mi vida a servirle.

Lilith no se debía esperar semejante respuesta y muerta de risa se olvidó de ella y llegando a mi lado, se tumbó junto a mí.

—Se nota que has tenido una tarde entretenida, apestas a sangre —comenté y recordando que en teoría iba a traerse la comida a casa, directamente se lo pregunté.

—Tenía demasiado hambre para esperar y como uno de esos bombones vivía al lado del hotel, me los llevé a su casa —contestó dando una naturalidad a sus actos que no me pasó inadvertida.

Pensando en ello, nuevamente me admiró darme cuenta de mi absoluta falta de celos y sin muchas ganas de enterarme lo que había ocurrido, le pedí que me dijera si sabía algo de Raquel.

—Todavía nada —contestó con dolor.

Justo entonces, sonó el timbre de la puerta. Al abrir para ver quien llamaba, me encontré a Simón con la cara desencajada.

—¿Qué te ocurre? —casi gritando, le exigí.

—Un desconocido me ha llamado y me ha dicho que, si quiero volver a ver a mi hija,

debo de entregarte.

—¿Y qué le has contestado? —repliqué.

El viejo judío miró hacia el suelo mientras me confesaba que le había asegurado que esa noche cenaría en su casa:

—Bien hecho —contesté mientras ponía mi cerebro a funcionar y dejando al padre de Raquel en el salón, liberando su tensión con un copazo, fui a informar a Lilith.

La mulata recibió la noticia con una despreocupación que no entendí y con la mosca detrás de la oreja, le pregunté porque no le inquietaba saber que no podíamos dejar de ir, aunque fuera una trampa.

—Cariño, te olvidas de que ya casi somos semidioses.

—Perdona, pero sigo en Babia.

Muerta de risa, respondió:

—Dudo que haya un hombre que pueda resistir mi influjo y menos que haya una mujer que sea inmune al tuyo. Si vamos los dos, además de liberar a Raquel, tendremos cena gratis.

Aunque no compartía su optimismo, volví con mi cliente y le pedí que avisara a nuestros adversarios que llegaría a su chalé sobre las diez.

—¿Está usted seguro? Mi señor.

—No, pero ahí estaré —murmuré mientras me despedía de él.

Sonia que hasta entonces se había mantenido al margen, cayó a mis pies y me rogó que no fuera, que no quería perderme. Me enterneció el genuino dolor que esa pelirroja mostraba y acariciando su melena, la icé entre mis brazos.

—No te preocupes zorrita, al volver esta noche te haré mía.

La angustia de la chavala mutó en felicidad al oírme y buscando mis besos, me imploró que la tomara en ese instante. Estuve a punto de cumplir su deseo, pero justo cuando le había despojado de sus bragas con la intención de poseerla, escuché que Lilith me llamaba.

—Siempre cumplo mis promesas —dije a la insatisfecha muchacha mientras iba a ver qué quería la mulata.

Al entrar en la habitación, me encontré con ella totalmente desnuda y riendo le pregunté si era tan puta que no había tenido bastante con los tres que se había tirado esa tarde. Sin inmutarse por mi andanada, se acercó a mí y poniendo su cuello a mi disposición, contestó:

—Bebe de mí para que luego yo lo haga de ti. Nuestros cuerpos se alimentan y se hacen fuertes con la sangre de los humanos, pero lo que acelera su evolución es la nuestra.

El sonido de su corazón retumbó en mis oídos y no me pude abstraer a ello. Por eso acercando mi boca a su yugular, hundí mis colmillos en ella. El gemido de placer que surgió de su garganta me azuzó a poseerla mientras sorbía su esencia. Lilith al ver que me bajaba la bragueta, no se lo pensó dos veces y cogiendo mi pene, se ensartó en él.

—Mi dios, mi señor, mi igual —musitó mientras mordía mi carne y sorbía mi sangre...

Tras beber de ella, caí inconsciente y de igual forma que la primera vez, al despertar mi cuerpo había cambiado. Lo supe en cuanto me desperté.

¡Me sentía poderoso!

Pero realmente me enteré de hasta donde habíamos cambiado al darme la vuelta y ver a la mulata que me miraba desde la cama desnuda.

«¡No puede ser!», exclamé en mi interior al observar el sutil brillo de su piel. Su tono cobrizo había adquirido unos tintes dorados mientras que su larga y encrespada melena negra había encanecido por completo. «Me recuerda a Tormenta», pensé impresionado por el parecido con ese personaje de Marvel, la bella compañera de aventuras de Lobezno.

Antes de decirla nada, busqué donde corroborar el cambio que sin lugar a duda yo había sufrido. Mi mutación sobrepasó con creces mis sospechas y es que además de haber crecido al menos un palmo o que mis bíceps superaran con creces los de un culturista, mi cara lucía una larga barba blanca y espesa mientras que mi piel había perdido su palidez habitual.

—Estoy moreno —dije recreándome en el espejo.

Sin las marcas típica del traje de baño, todo mi cuerpo lucía un bronceado integral y cuando digo bronceado, hago bien en aclarar que el color de mi epidermis, oscuro y dorado se asemejaba al del bronce, la aleación metálica tan usada en las esculturas clásicas.

Sonia, que se había quedado dormida a los pies de la cama, se levantó y exclamó:

—Qué razón tiene mi dueña cuando dice que usted es su dios.

Admirando mi nueva imagen, caí en la cuenta de que si Lilith se asemejaba a Halle Berry en X-Men, yo era la versión cache y joven de Charlton Heston en “Los diez mandamientos”.

«¡Qué raro! La literatura siempre describe los vampiros como unos individuos anémicos y casi albinos. En cambio, nuestra metamorfosis nos está convirtiendo en unos seres que destilan erotismo y lujuria por todos nuestros poros», sentenció encantado.

—Estás impresionante —escuché que la mulata me decía.

Girándome hacia ella, respondí al piropo de Lilith con uno propio, mucho menos educado:

—Tú en cambio tienes mil polvos, uno detrás del otro.

La carcajada de la mulata ante mi burrada se oyó en toda la casa y de un humor magnífico, preguntó qué hora era:

—Es tarde, tenemos que vestirnos si no queremos defraudar a nuestros enemigos —respondí al mirar el reloj y ver que nos quedaba poco más de una hora para la cita.

Asintiendo, la joven sacó un vestido del armario y exigiendo a Sonia que le ayudase, se fue a cambiar al baño mientras yo me vestía supuestamente en la habitación. Y digo supuestamente porque al intentar ponerme la ropa, ni siquiera me entraba y menos aún me cerraba.

«Joder, ¿ahora qué hago?», murmuré con un cabreo creciente al ver pasar los minutos sin hallar una solución a mi problema.

Ese difícil dilema quedó en nada cuando la mulata salió ya vestida, llevándome a otra habitación y entre un extenso vestuario de prendas masculinas, me eligió un traje de chaqueta y una camisa que me quedaban impecables. Lo mismo ocurrió con los zapatos. Hasta ese día había usado un cuarenta y dos, pero viendo el tamaño de mis pies supe que no me cabían. Por suerte entre esa colección de ropa había unos botines del número cuarenta y seis que me cerraron y por ello, con una buena apariencia, conseguí terminar a tiempo para marcharnos a casa del judío.

Cogimos el coche de nuestra sumisa para acudir a la cita y fue entonces cuando le pregunté por la disparidad entre los vampiros de las leyendas y en lo que nos estábamos convirtiendo. La chavala me miró descojonada antes de contestar:

—Piensa que nuestros antepasados eran los primeros interesados en distraer la atención de los humanos y por eso se inventaron que los que nos alimentamos de sangre no aguantábamos la luz del sol o las demás patrañas.

—Entonces el ajo, ¿no nos afecta? —tanteé a modo de ejemplo.

Muerta de risa, respondió:

—Ni el ajo, ni las cruces, ni el agua bendita. Es más, si quieres esta noche pasamos por una iglesia y nos bebemos el contenido de una pila bautismal.

Siguiendo la broma, comenté:

—No sabes cómo me alegra oírte porque mi plato preferido es el pollo al ajillo.

Cómo en multitud de ocasiones, la preciosa mulata dejó mi guasa en ridículo al contestar mientras posaba su mano en mi entrepierna:

—Si el tuyo es el pollo, yo me muero por tu preciosa y dulce pollita...

Creo que quien tenía retenida a Raquel no se esperaba nuestra metamorfosis y por eso, claramente nos subestimó. En vez de mandar un nutrido grupo para capturarnos, habían creído suficiente enviar a una pareja formada por un curtido cuarentón de aspecto militar y una joven en cuya mirada se podía adivinar que era una asesina a sangre fría.

Solo con verlos al entrar a casa de Simón supe que no eran unos adversarios de los que nos tuviésemos que preocupar en exceso, al entender que en cuanto nos lo propusiéramos acabaríamos con ellos. Tal y como había hablado, nos dejamos apresar sin mostrar resistencia. Yo ni siquiera puse a prueba mi atractivo con la mujer, en cambio Lilith decidió verificar si el tipo aquel podía resistir su influjo y por ello mientras la ataba, le mandó una serie de señales a modo de ensayo.

Su reacción evidenció la facilidad que tendríamos de desembarazarnos de él y es que mientras su compañera la inmovilizaba, el desgraciado aprovechó para meter mano a mi mulata. Su acoso me encabronó y cuando ya estaba a punto de actuar, vi la sonrisa en el rostro de Lilith y comprendí que tenía todo controlado.

Es más, cuando llegó mi turno y el tipo empezó a ponerme las esposas, observé a la mujer y comprobé que me miraba totalmente excitada.

«Y eso que ni siquiera he tonteado con ella», me dije confiado mientras nos metían en una camioneta con los cristales tintados.

Nuevamente esa pareja no valoró adecuadamente el peligro que representábamos al dejarnos solos con la chica en la parte trasera del vehículo mientras el militar conducía.

«Menudos cretinos», me dije al comprobar que, olvidándose de Lilith, la joven se dedicaba a devorarme con su mirada.

Dejé que se fuera calentando durante un rato y viendo que bajo su camiseta ya habían hecho su aparición la evidencia de que se había puesto como una moto, sonriendo, murmuré:

—¿No podrías aflojarme un poco las esposas? Me hacen daño. Te prometo quedarme quieto.

Por su experiencia, esa rubia debía haberse negado, pero tras dudar un poco, se acercó a mí y cogiendo las llaves, excedió mis deseos y me las quitó.

—Gracias, guapa —en voz baja comenté mientras la premiaba con una caricia en la mejilla.

El gemido que salió de su garganta fue tan notable que realmente creí que iba a alertar a su compinche y dando un salto al vacío, sellé su boca besándola. Ese gesto asoló sus defensas y donde hasta entonces había una asesina sin escrúpulos, solo quedó una hembra en celo después del beso.

Viendo que llevaba sus manos a mi bragueta, desde un rincón de la camioneta, Lilith comentó con un hilo de voz:

—Si vas a tirártela, hazlo antes de que lleguemos.

Sus palabras aceleraron los acontecimientos y mientras la mulata se reía a carcajadas de la desesperación que mostraba esa mujer. Solo quiero decir que nada más liberar mi sexo, se bajó el pantalón hasta las rodillas y sin terminárselo de quitar, subiéndose a horcajadas sobre mí, se empaló.

—¡Qué bestia! —protesté al sufrir en mi persona las consecuencias de su pasión.

Mi queja provocó las risas de Lilith.

—No me hace ni puta gracia —fue mi respuesta.

Olvidando mi enfado, la bella mulata me replicó que le diera un mordisco. Entendiendo sus motivos, acerqué mi boca al cuello de la mujer y mientras la asesina no paraba de auto acuchillarse, hundí mis colmillos en su carne.

Su colapso fue inmediato y dando un gemido, se corrió derramando sobre mí su placer.

—No permitas que grite —escuché que me decía.

Esa advertencia llegó tarde y el compinche de esa mujer frenó bruscamente para ver qué pasaba. Apenas me dio tiempo pensar antes de que ese hombre abriera las puertas de la camioneta y por eso pilló a su compañera todavía saltando sobre mí.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó descojonado al verla ensartada.

Su tono divertido nos hizo comprender que el tipo aquel había asumido que la rubia me estaba violando y eso fue el empujón que la mulata necesitaba para saber cómo actuar.

—¿Te parece lógico que sea la única que no se está divirtiendo? —saturando de erotismo a su voz, Lilith se quejó.

Dominado por la lujuria, se acercó a ella y levantándole la falda, desgarró sus bragas con la intención de poseerla sin ser consciente que ponía en peligro su vida al hacerlo. La violencia que usó para atraerlo hacía ella con las piernas me dejó conmocionado y más cuando tras haberle roto el cuello, lo tiró como un deshecho a un lado.

—Libérame —me pidió sin mostrar signo alguno de remordimiento por haberlo matado.

Asumí que antes de hacerlo debía asegurar que no reaccionara la joven que, ajena a lo que había pasado, seguía ensartada a mí y por ello permanecí sorbiendo su sangre hasta que cayó desmayada. Entonces y solo entonces, liberé a la mulata.

—¿Qué has hecho? —me recriminó cabreada al ver que no había caído en la cuenta de que la necesitábamos consciente: —Necesitamos saber a dónde nos dirigíamos y que, para no levantar las sospechas, ella sea quien abra la puerta y nos entregue.

Observando a la rubia tirada en el suelo de la camioneta, di por sentado que tardaría al menos una hora en despertar.

—Lo siento —alcancé a decir al saber que mi inexperiencia había puesto en peligro a Raquel: —¿Ahora qué hacemos?

Sin avisar, Lilith cogió mi muñeca. Nunca me imaginé que, clavando sus colmillos, esa mujer me abriera una profunda herida antes de decirme:

—Aunque quizás luego nos arrepintamos, dala de beber.

La expresión preocupada que lucía cuando me lo dijo, me hizo asumir que con ello daría a nuestra asaltante un poder que no debería de tener y por ello, le pregunté si estaba segura.

—No, ¡joder! Pero si queremos salvar a Raquel, ¡tenemos que arriesgarnos!

Coincidiendo con ella, alargué mi muñeca para dejar caer mi sangre en la boca de la desconocida.

—Solo unas gotas —me avisó la mulata.

Comprendí que debía seguir sus instrucciones y por ello, reteniendo la hemorragia, las fui dejando caer de una en una sobre sus labios. Apenas había vertido unas cinco cuando la rubia empezó a mostrar síntomas de despertar.

—Es suficiente —Lilith comentó antes de ponerse a lamer la herida.

No tardamos en ser testigos del modo tan brutal en que comenzó a convulsionar sin que pudiésemos hacer nada por ayudarla. Preso de salvajes sacudidas, el cuerpo de la muchacha parecía a punto de sajarse por la mitad mientras unos espeluznantes aullidos nos informaban del dolor que estaba soportando.

—Ya falta menos —escuché a mi compañera decir antes de advertir en la desconocida nada que me hiciese asumir de que su sufrimiento estaba menguando.

El pronóstico de Lilith se cumplió casi de inmediato y paulatinamente observamos que iba recuperando la respiración mientras se relajaba. Supe que algo iba mal al descubrir en sus ojos una veneración que no recordaba haber sentido. Pero cuando realmente confirmamos el cambio dado por esa mujer fue al oírla decir que me amaba y que daría su vida por mí.

—Ponte a la cola —desternillada de risa comentó la mulata sin pensar.

La reacción de la rubia fue automática y sacando una navaja de su cintura, se lanzó sobre la que consideraba su rival al tiempo que le lanzaba una cuchillada.

Afortunadamente, no alcanzó su objetivo y pude sujetar a la perturbada mujer antes de que nadie sufriera daños.

—Es mío y de nadie más —chilló con rabia mientras intentaba zafarse de mí.

Alejándose de ella, Lilith me dijo que solo yo podía calmarla y por ello, sin tenerlas todas conmigo, le solté un tortazo que la hizo trastabillar.

—¿Por qué me has pegado? —musitó totalmente abatida.

La inflexión de su voz me hizo comprender su dolor y sin compadecerme de ella, la ordené que fuera la última vez que le levantara la mano a la mulata.

—Mi deber es proteger a quien me ha dado la vida —replicó mirándome con los ojos plagados de lágrimas: —Y mi corazón me dice que esa mujer es tu enemiga.

Mas preocupado que enfadado, insistí en que la dejara en paz y le dije que nos llevara a donde retenían a Raquel.

—Nunca he oído hablar de esa mujer —respondió y mirando por la ventanilla, confesó que su misión consistía solo en acercarnos a un almacén.

—¿Sabes dónde está esa nave? —pregunté.

Tras contestar que estaba bastante cerca, me imploró que no fuera a allí porque había mucha gente esperándonos. El agobio de la rubia se incrementó al ver que no hacía caso de sus recelos y con tono consternado, me pidió autorización para agarrar su navaja del suelo por si la necesitaba.

Estaba dudando si darle permiso cuando escuché a Lilith decir:

—Deja que la recoja, aunque no creo que le sirva de nada a esta zorra si nos enfrentamos a gente armada.

La joven se agachó y tomando su navaja, se la quedó mirando con odio, mientras le respondía:

—No me llamo zorra sino Susana y soy la persona destinada a matarte.

La dureza de sus palabras hizo que la mulata se lo pensara antes de siquiera dirigirle la palabra, por ello al llegar frente al lugar donde había quedado para entregarnos, le pedí que simulara llevarnos a la fuerza.

—Así lo haré, maestro —contestó sonriendo mientras agarraba de su plateada melena a Lilith.

A pesar de sus malos modos y de los chillidos de la mulata, pude percatarme de que, ocultos bajo esa sonrisa, los colmillos de esa rubia habían adquirido un tamaño considerable...

Mientras Susana metía a empujones a la mulata en la nave, las seguí simulando que las esposas que llevaba puestas estaban cerradas. Pero nada más traspasar la puerta y ver el primer cadáver, dejé de actuar y me preparé para ser atacado.

—Déjame ir por delante —sacando su pistola, susurró en voz baja la rubia: —Alguien ha llegado antes que nosotros.

Al ver que la joven desaparecía sigilosamente a través de la puerta, Lilith me comentó que deberíamos dividirnos para buscar a Raquel. Aunque me pareció un riesgo innecesario, no pude negarme a hacerlo porque no en vano la vida de esa mujer podía estar en peligro.

Por ello y mientras la mulata escogía seguir a la rubia a nuestra derecha, me tocó ir por la izquierda. Mi nerviosismo estaba más que justificado y más cuando al llegar al final del pasillo, me encontré de improviso con tres cuerpos desparramados en una habitación.

«¿Qué habrá pasado aquí?», me dije mientras de rodillas intentaba averiguar la causa de la muerte.

Dos de ellos parecían tener el cuello roto, mientras que el tercero la única evidencia que hallé de algo raro eran la señal de un mordisco en el cuello.

«Raquel debe haberse escapado», deduje por el parecido de la muerte de los dos primeros con la del militar que acababa de contemplar: «Lilith no puede haber sido», la exoneré dado que estaba conmigo mientras eso ocurría.

En las escaleras que subían al segundo piso, hallé el cuarto fiambre. Por la postura asumí que había encontrado la muerte al caerse por ellas, pero ya de cerca encontré que la expresión de su cara reflejaba que antes de palmarla había disfrutado de un placer extremo.

Fijándome en la mancha de su pantalón, comprendí que ese tipo se había corrido segundos antes de morir.

«Definitivamente una hembra de mi especie es la responsable», tuve que admitir justo cuando un ruido me hizo alzar la mirada y vi a Susana apuntándome desde el último escalón.

Creí que estaba muerto al ver que disparaba, pero para mi sorpresa su tiro pasó de largo y fue a estrellarse contra la frente de un capullo que cuchillo en mano se estaba abalanzando sobre mí.

—Gracias —alcancé a decir a mi salvadora una milésima de segundo antes que su pecho estallara en mil pedazos.

No había tenido tiempo de recuperarme cuando escuché que la mulata me pedía perdón por haber tardado en reaccionar cuando vio que esa zorra me disparaba.

—Menos mal que he conseguido acabar con ella antes de que pudiera dispararte

de nuevo —dijo sin ser consciente que había cometido un error y que lejos de salvarme, había disparado a un enemigo.

No sabiendo si fue fuego amigo o bien que Lilith la había matado a sangre fría, decidí no decir nada porque en el primer caso de nada servía que se sintiera culpable y el segundo, quedarme callado me daba una ventaja sobre esa mujer. Por ello, olvidando a la rubia, pregunté si había sabía algo de Raquel.

—Solo que todo esto es obra suya y por tanto supongo que ha escapado — contestó mientras bajaba a reunirse conmigo.

—Vámonos a casa —murmuré y sin mirar atrás, abandoné el lugar reconcomiéndome la duda. No tenía claro si Lilith había matado a Susana accidentalmente y todo se debía a un error o, por el contrario, la había asesinado intencionadamente al saber que estaba mutando y que tarde o temprano sería una formidable enemiga.

Al llegar a casa, Sonia nos esperaba vestida con el uniforme tradicional de criada. Su cofia y su mandil me retrotrajeron a épocas pasadas.

«¿Esta tía de que va?», dije para mí al ver que saludaba a Lilith con unos modales que ya debía ser antiguos a principios del siglo XX.

—Señora —escuché que le decía: —La habitación de los amos está preparada siguiendo sus órdenes.

La mulata no la saludó, sino que, comportándose de un modo altanero, le exigió que nos acompañara y con una expresión pícara en su cara me llevó su habitación donde descubría que había cambiado la cama de matrimonio por una que me resultó desproporcionada.

«Parece una plaza de toros», pensé todavía con la mosca detrás de la oreja, pero no queriendo que se percatarme que algo me ocurría, la cogí entre mis brazos y acariciándole el trasero quise saber si eso era todo lo que me tenía preparado.

—Pasemos al baño —respondió en plan enigmático.

Picado por la curiosidad, la seguí y al entrar, me quedé pasmado al contemplar que Sonia nos esperaba al lado del jacuzzi.

—He pensado que llegarías cansado y que necesitarías un baño relajante —me informó mientras me empezaba a desnudar sin importarle la presencia de otra mujer.

Aunque sabía del poco valor que le daba a la sumisa, me resultó raro comprobar que, para ella, nuestra criada era un mueble. Algo que formaba parte del mobiliario, una cosa y no una mujer con sentimientos.

La pelirroja, aunque intentaba mantener una postura hierática, sus ojos la delataron. No era de hielo y se ruborizó al ser descubierta contemplando embelesada el prominente bulto que se escondía bajo mi bóxer.

—¡Tengo ganas de ser follada! —confesó la mulata ajena a la excitación que se iba acumulando en el interior de su criada.

Sonia, quizás obedeciendo instrucciones anteriores, se acercó a nosotros y en silencio llevó sus manos a los tirantes de su dueña, deshaciendo los nudos que mantenían el vestido sujeto a sus hombros.

He de confesar que me resultó excitante ver caer la tela al suelo, mientras sus negros pechos emergían en todo su esplendor.

—Tienes unas peras cojonudas —afirmé y dejándome llevar por la tentación, los acerqué a mi boca.

En cuanto sintió mi lengua recorriendo los bordes de sus pezones, no pudo evitar que brotara un gemido de su garganta.

—Vamos al agua.

No puso ningún inconveniente cuando cogiéndola de la mano, me metí con ella en

el jacuzzi. El morbo de ser tomada en presencia de una sumisa debía ser algo nuevo o quizás fue el no saber a ciencia cierta cuál iba a ser su cometido de Sonia, pero lo cierto es que con independencia de la razón eso la mantenía sobre excitada.

—¿Quieres que la zorrita sea una simple voyeur o que me ayude a complacerte? —pregunté mientras me tumbaba a esperar acontecimientos.

Llamando a la criada, Lilith le ordenó nos bañara mientras se introducía mi extensión en su interior al sentarse sobre mí. Todavía no sé qué fue lo que me puso más cachondo, si la lentitud con la que se empaló o la naturalidad con la que, cogiendo una esponja, nos empezó a enjabonar.

No había terminado de acomodarse la mulata a horcajadas sobre mí cuando, dirigiéndose a la pelirroja, pidió que le diera de beber. Sonia sonrió mientras sacaba de champagne de una pequeña nevera. Tras descorcharla y cuando ya creía que iba a servirnos en unas copas, bebió a morro y acercándose a su dueña, le dio a beber de su boca.

Esa escenita me dejó cachondo. No en vano, no es habitual ver a dos mujeres besándose mientras una de ellas tiene tu pene incrustado en su interior. La verdad es que sin saber a ciencia cierta si hacía bien, instintivamente me empecé a mover.

Lilith aceptó de buen grado que comenzara a follármela y sin dejarse de morrear con la pelirroja, puso su cuello a mi disposición. Aunque sabía que la morena deseaba que bebiera de su sangre, cambié de objetivo y mordisqueando sus pezones, esperé su reacción.

Seguía aferrado como un niño de sus ubres, cuando me percaté que la mano de la pelirroja se deslizaba por su cuerpo para hacerse fuerte en la entrepierna de su dueña.

—¿Desea mi señora morder a su fiel putilla mientras tanto? —Sonia preguntó mientras empezaba a masturbarla con decisión.

La sensación de sentir que eran cuatro manos y dos bocas las que recorrían su cuerpo, hizo que Lilith jadeara de deseo e imprimiendo a sus caderas un ritmo trepidante, siguió empalándose con mi miembro mientras clavaba sus colmillos en la sumisa.

El aullido de placer de Sonia se oyó por toda la casa y nada pudo hacer cuando con la intención de seguir absorbiendo su vitalidad, la mulata la metió en la bañera todavía vestida.

Fue entonces cuando con la boca chorreando sangre de su víctima, Lilith me miró extrañada y me preguntó porque no me había follado a esa putilla.

—No me has dado tiempo —muerto de risa comenté.

—Prefiero saciar mi hambre después de que la tomes —rugió mientras con una violencia brutal le iba desgarrando el uniforme. Con Sonia, ya completamente en cueros, me ofreció sus pechos como ofrenda, diciendo: —Tu eres su Dios, no yo. Préñala antes, para que su sangre me sepa a ti.

La pelirroja se quedó paralizada al escuchar su futuro y mientras Lilith la ponía a cuatro patas sobre la bañera, le pregunté si deseaba ser el vientre donde germinara mi simiente.

—Sí, mi señor —sollozó totalmente entregada.

Ejerciendo de cómplice, la mulata le separó las nalgas y sin esperar permiso, sacó

su lengua y se la metió en el ojete. La pelirroja recibió la incursión en su ano con verdadera pasión y dando las gracias a su dueña, se corrió. Aprovechando su placer, Lilith me ordenó que usara a nuestra sumisa sin compasión.

Aceptando la sugerencia de mi igual, la penetré de un solo golpe y sin esperar a que se acostumbrase a esa invasión, aceleré el compás de mis penetraciones mientras la llevaba hasta la locura al morder con dureza sus pezones.

—Préñala, mi dios —ordenó Lilith.

No tuve que ser un genio para percatarme que, tras haber catado su sangre, el hambre le podía hacer cometer una tontería y por ello dejándome llevar esparcí mi semilla en el interior de Sonia. La pelirroja al sentir que explotaba dentro de ella colapsó aun antes de sentir los colmillos de su dueña clavándose en la yugular y ante nuestros ojos se desmayó.

—Tiene un sabor delicioso —rugió Lilith tras saciarse con la pobre muchacha: —Haz hecho bien en reclutarla como sirviente, su sangre es un manjar digno de ser explotado...

No me fiaba de Lilith desde que la muerte de Susana. Por ello, mientras ella y Sonia descansaban desnudas a mi lado, empecé a cuestionarme todo lo que me había ocurrido. Era un hecho que mi cuerpo estaba cambiando y por tanto podía partir de que me estaba convirtiendo, si es que no lo era ya, en un vampiro en toda regla.

Los motivos que habían provocado esa mutación no los tenía tan claros. Si me acogía a lo manifestado por Raquel y la mulata, tenía un origen genético. Según ellas, al amar y morder a una hembra de mi especie, mis genes se habían activado dando origen a esa transformación. Lo malo es que Susana había puesto en duda esa afirmación. No podía olvidar que antes de morir había comprobado que le habían crecido los colmillos.

Aprovechando que Sonia seguía dormida, separé sus labios y comprobé que su dentadura era normal.

«Dado que poseí y mordí a ambas, la diferencia es que la rubia bebió mi sangre. ¿Será que la condición de vampiro no se adquiere al ser mordido por uno de esos seres sino al beber de su sangre?», medité al asumir que, de ser así, mi supuesta herencia genética y el hecho de ser un bicho raro que se da cada milenio, podían ser puestos en serias dudas.

«Soy solo un vulgar chupasangre y no un capricho del destino», concluí muy a mi pesar.

Una vez había llegado a esa deducción quedaban algunos flecos que explicar cómo el hecho de tener los ojos de ese color tan raro o que al contrario que en la tal Susana mis colmillos se retrajesen a voluntad. Por otra parte, seguía sin entender que buscaban Raquel y Lilith en mí, ya que despojado de esa aura de semidios no tenía sentido su interés en que preñara a mis víctimas después de matar el hambre. La única explicación la hallé en las palabras de la mulata que, después de darse un banquete con la pelirroja, alabó el sabor delicioso de su sangre y equiparándola al ganado, dijo que era algo digno de ser explotado. Que exanguinar a una embarazada les causara un placer gastronómico me indignó y más cuando era parcialmente responsable de esa aberración, ya que al ser hembras ni Lilith ni Raquel podían dejarlas preñadas.

«Me han transformado para que les sirva de semental», discurrí hecho una mierda, «cuando les haya proporcionado suficientes reses que ordeñar, no me necesitarán y en cambio representaré un peligro».

Tan asustado como cabreado, me levanté de la cama y sin hacer ruido, me vestí. Y sin pensármelo más, dejé la casa porque necesitaba respirar y sentir el aire fresco. Ya en el jardín, decidí dar una vuelta para seguir pensando y despejarme.

Uno de los rottweilers me siguió a la calle y viendo que al menos quedaban otros tres para proteger a su dueña, no vi nada malo en que me acompañara.

—Mira que eres feo —dije al ver que ese puto chucho movía su cola en señal de alegría y sabiendo que no se iba a alejar de mí, empecé a caminar por la acera.

Tal y como había previsto, mi acompañante demostró que estaba habituado a ello porque avanzó sin separarse más de un metro. Su presencia a mi lado y saber que estaría alerta ante cualquier peligro, me permitió seguir pensando en mi nueva condición de vampiro, cayendo en que al contrario que en las leyendas, no estaba muerto porque solo los vivos podían tener descendencia.

«Cojonudo, al menos no soy un cadáver andante», sonreí con amargura.

Debíamos de llevar un par de kilómetros recorridos cuando un gruñido de perro llamó mi atención:

—¿Qué te ocurre? —pregunté a mi negro amigo.

No se le veía irritado sino con la tensión de un braco al señalar una presa y girándome busqué que era lo que había llamado su atención. He de decir que me quedé pasmado al comprobar que el bicho había anticipado que entre unos árboles aparecería una mujer haciendo ejercicio.

La corredora se quedó paralizada al ver al enorme can quieto frente a ella y temblando como un flan, me imploró que lo retirase.

—No hace nada —comenté mientras lo cogía del collar.

Para su desgracia, impelida quizás por sus hormonas, se me quedó mirando con deseo. Eso me permitió no solo escuchar su corazón, sino también distinguir que su sudor estaba saturado de feromonas y que tal volumen solo se podía explicar producto de una brutal excitación.

«Está cachonda», pensé con sus latidos resonando en mi sien.

Al pasar a su lado y antes de internarme en el parque del que había salido, le regalé una caricia en la mejilla. La mujer sollozó al sentir mis dedos y sin que se lo tuviera que pedir, me siguió en silencio. No dije ni hice nada hasta llegar a un pequeño claro rodeado de arbustos y tras comprobar que nadie podía vernos me giré hacia ella murmurando:

—Huye si puedes.

La desconocida no me oyó o no quiso escucharme porque acercándose a mí, buscó mi contacto restregando su cuerpo contra el mío. Totalmente entregada, la corredora empezó a acariciarse por encima del top mientras su rostro reflejaba que la excitación que la dominaba.

—Tócame, por favor —me rogó.

Supe lo que esa zorra necesitaba y colocándome en su espalda, empecé con mis manos a recorrer su pecho. Al sentir mis yemas acariciando su piel, gimió calladamente con la mirada en el infinito. Su aceptación me permitió ser más osado y metiendo mi mano, cogí una de sus aureolas entre mis dedos.

Su pezón ya estaba erecto cuando llegué hasta él y como si fuera una invitación, lo pellizqué mientras mi otra mano se dirigía hacia la entrepierna de la mujer. Esta, sin girarse, separó sus rodillas dándome entrada a su vulva, la cual acaricié sin dudar, sacando sus primeros suspiros.

—Me encanta —sollozó la deportista y sin pedirme mi opinión se despojó del short mientras me decía: —Necesito que me folles.

Imitándola y mientras el perro vigilaba que nadie se acercara a donde estábamos,

me quité el pantalón.

—Por favor —aulló en voz baja al sentir que, atrayéndola hacia mí, ponía mi verga en la entrada de su coño.

Con una alegría fuera de lugar, se quitó el short y acomodándose sobre mí, dejó que mi glande forzara los pliegues de su sexo.

—¡Dios! —gimió antes de empalarse.

Ni siquiera pestañeó al sentir que mi extensión se abría camino por su interior. Su pasividad me dejó claro que tenía que ser yo quien tomara la iniciativa y por ello mientras le pellizcaba los pezones, susurré a su oído:

—Estoy seguro de que has follado en este parque muchas veces.

—Es mi primera vez —lloriqueó moviendo su culo.

E iniciando un suave cabalgar, me rogó que no pensara que era una puta. Asumí al instante que esa zorra estaba luchando contra su excitación y con azote en el culo, le pregunté si tenía pareja. A lágrima viva, me confirmó que estaba casada y que sus reparos se debían a que nunca había engañado a su marido.

—¿Entonces por qué me has seguido?

Aumentando el volumen de su llanto, respondió:

—Para que me usaras como a una vulgar fulana.

Comprendí que debía de hundir mis colmillos en su cuello para evitar que con posterioridad tuviese un ataque recordando los cuernos que le había puesto a su pareja y por ello, sin más preparativos, la mordí.

Al sentir que mis dientes laceraban su carne, sin previo aviso se corrió y lanzando gritos de placer, me rogó que continuara. Durante poco más de un minuto, estuve bebiendo de su sangre mientras ella se derretía entre mis piernas aullando como una loba.

—¡Me vuelve loca sentirme sucia e infiel! —sollozó llevando una de sus manos hasta su sexo.

Acelerando mi ritmo, lo convertí en infernal hasta que derramando mi simiente me corrí en las profundidades de su vagina. Al sentir su interior sembrado, cayó desplomada a mis pies. Con mis huevos vacíos y mi hambre saciada, decidí no incrementar su turbación y dado que al despertar no iba a recordar nada, le acomodé la ropa mientras le decía:

—Disfruta del embarazo, preciosa. Tu marido nunca va a saber que tu hijo no es suyo.

Tras lo cual, retomando mi camino, decidí que era hora de volver a casa...

De camino hacia el chalé, el perro oteó dos nuevas presas, obviando al resto. Que discriminara a los humanos que nos cruzábamos y que solo me avisara cuando eran especímenes jóvenes y no había nadie cerca me hizo ratificarme en la idea de que su dueña lo había entrenado para la caza.

«No está mal pensando», me dije mientras meditaba sobre la ventaja que me llevaban como vampiras esa dos.

Asumiendo mi inexperiencia, decidí ser lo más cauteloso posible con ellas para que ese par de zorras nunca supieran que sospechaba que no eran las fieles compañeras que decían ser sino mis enemigas. Es más, mis dudas acerca de que si me habían creado para proveerles de sangre de mujeres embarazadas por mí se incrementaron exponencialmente al descubrir a Lilith bebiendo del cuello de Sonia nuevamente.

—¿No deberías dejar que se reponga? —pregunté.

—Tranquilo, solo he tomado un par de sorbos —lamiendo los restos de sangre que había en sus labios, replicó: —Esta zorra es deliciosa.

Su euforia tras haber bebido me recordó los efectos que el alcohol tenían en un humano normal y queriendo aprovechar que la mulata parecía borracha para medir su reacción, dejé caer que esa mañana había tenido sexo con otra mujer.

—¿Sabes si se quedó preñada?

—Claro —respondí exagerando mi puntería: —Donde pongo el ojo, ¡pongo la bala!

—¡Dios! ¡Cómo me gustaría darle un mordisquito! —replicó con una expresión de lujuria en sus ojos.

—Pero niña, que acabas de comer —exagerando mis risas, contesté: —¡Vas a ponerte como una foca!

Sin darse cuenta del significado de sus palabras, esa zorra del demonio me soltó que si engordaba la culpa sería mía por poner tantos manjares a su disposición.

«¿Tantos? Por lo que yo sé solo ha catado a Sonia, a nadie más», pensé antes de caer en que quizás había visitado sin yo saberlo a sus dos compañeras.

Tanteando el terreno, comenté:

—De todas las que me he tirado, la de la sangre más dulce fue Mariana.

—Esa gordita estaba rica, pero nada que ver con Sonia, nuestra sumisa es algo único —objetó cayendo en la trampa al reconocer implícitamente que, tras mandarlas de vuelta, en algún momento las había mordido.

Dudando de que pudieran seguir vivas después que ella las hubiese exanguinado por la poca sangre que yo mismo les había dejado, no me atreví siquiera a mirarla no fuera que mi cara revelara a esa arpía su error y que se había auto inculpado.

Como si supiera que necesitaba su ayuda, mi sumisa salió al quite preguntando en plan celoso porqué buscaba placer fuera, si las tenía a ellas. Nuevamente Lilith mostró su carácter arrogante e intolerante al contestar:

—Cuando busca placer me tiene a mí, las humanas como tú solo sois comida.

Advertí que escuchó ese reproche sin que hiciera mella en ella, pero realmente confirmé que Sonia pasaba y mucho de lo que dijera la mulata y que solo le importaba mi opinión, cuando haciéndose la humilde le pidió perdón por su atrevimiento mientras me guiñaba un ojo.

«Esta pelirroja de tonta no tiene ni un pelo», sentencié muerto de risa.

Sin descubrir la mofa de la que se suponía era nuestra sumisa y con bastantes pocas esperanzas, pregunté a Lilith si tenía novedades sobre Raquel. Con una sonrisa de oreja a oreja, la mulata contestó:

—Quería que fuera una sorpresa... nuestra esposa viene en camino.

Esa información produjo en mí dos efectos diferentes. Por una parte, mi corazón dio un vuelco al saber que volvería a ver a esa tatuada rubia, pero por otra mis sospechas y celos me pusieron en guardia. Queriendo saber todo de su llegada, le pedí que me dijera cómo había contactado con ella.

—Fue Juncal, su madre, quien me informó de que nada más escaparse le había llamado para saber dónde estábamos.

Mirando de reojo a Sonia, supe que no había mentido y que me decía la verdad. Contra todo pronóstico, me sentí feliz con la idea de que pronto vería a esa mujer y por ello cuando escuché que alguien tocaba el timbre de la casa, salí corriendo a ver si era ella.

Raquel no había sido testigo de mi transformación y por ello, tardó unos segundos en darse cuenta de que el adonis que le había abierto la puerta era yo.

—Pedro, ¿eres tú? — preguntó con los ojos saliéndose de las órbitas.

Impulsado por un ansia que no entendí, llevé mis manos a su vestido y sin haber cerrado todavía la puerta, se lo desgarré. Asustada y en ropa interior, la depredadora que pocas horas antes se había cargado una docena de enemigos ella sola, nada pudo hacer cuando sin esperar a que se repusiera de la sorpresa, cogí su tanga con mi mano y lo destrocé.

Ver a ese monumento de mujer, desnuda en mitad del pasillo, con su vestido desgarrado y sin bragas, me resultó de lo más sugerente y alzándola entre mis brazos, la llevé escaleras arriba hasta la habitación. Cómo la depredadora que era notó en seguida que estaba en inferioridad física y quizás debido a eso no se quejó cuando la lancé sobre la cama.

—Mi dios, mi señor —fue lo único que se atrevió a decir cuando despojándome de mi ropa, me reuní con ella completamente desnudo.

La zorra violenta y orgullosa de su poder había desaparecido y por eso, en cuanto me tumbé y ante mi sorpresa, me cubrió de besos comportándose como una dulce amante. Contagiado por su pasión, llevé sus pechos a mi boca. Poco acostumbrada a ser dominada, Raquel gimió al sentir mi lengua jugando con su aureola y tratando de forzar que la tomara, llevó mi pene a su pubis mientras me pedía que la amara.

Deshaciéndome de su abrazo, le quité los restos del vestido mientras por primera vez en su vida se mantenía pasiva deseando que mis manos recorrieran su piel.

«Es preciosa», pensé mirando sus grandes pechos y su sexo depilado.

Aunque en mi dilatada experiencia había disfrutado de decenas de coños, catalogándolo con la mirada, decidí que era el más bello que nunca había visto y tratándolo como una joya separé las rodillas de la rubia platino antes siquiera de atreverme a tocarlo.

Tras mi violencia inicial, Raquel se esperaba casi una violación y por eso no estaba preparada cuando uno de mis dedos separando sus pliegues fue en busca de su clítoris.

—Mi señor —musitó nuevamente.

Levantando la mirada, descubrí que esa zorra estaba mordiéndose los labios en espera de mis caricias y queriendo destantearla, le dediqué un duro pellizco a una de sus areolas. Su dueña se retorció sobre las sábanas, pero no hizo intento alguno de alejarse.

Satisfecho por su entrega, me deslicé entre sus piernas y acercando mi boca a su sexo, probé por vez primera su dulce flujo. El sabor de esa ambrosia, de ese alimento de los dioses, recorrió mis papilas y embriagado, bebí de su flujo sin hartarme. La cueva de la que consideraba una asesina se convirtió en un manantial inagotable y cuando más néctar recolectaba con mi lengua, más cantidad de jugo brotaba de su interior.

Mi insistencia desesperó a Raquel, la cual totalmente desolada, me rogaba que la tomara.

—Cállate puta —fue lo que oyó.

Supo que no iba a ceder a sus deseos y cerrando los puños, golpeó el colchón al sentir que mi lengua seguía jugando y horadando su húmedo hoyuelo. Tal era su entrega que no tardé en oír como se corría y buscando prolongar su éxtasis, metí un par de dedos dentro de ella.

—¡Por favor! —empezó a aullar de placer mientras su cuerpo se convulsionaba — ¡Fóllame!

Al sentir que seguía haciendo caso omiso a sus ruegos y que seguía enfrascado en mi particular banquete, consiguió levantarse y poniéndose a cuatro patas, me miró sin hablar. He de reconocer que no me esperaba que claudicara tan rápido, pero al contemplar la rotundidad de su trasero y saber que estaba a mi disposición, cambié de objetivo.

Sin darle opción, anticipé su futuro al acariciar sus nalgas, tras lo cual y separando sus cachetes, descubrí que su entrada trasera nunca había sido conquistada.

—¡Esto sí que es una sorpresa! —exclamé y embadurnando mi dedo en su flujo, empecé a recorrer las rugosidades de su ano.

En vez de quejarse ante lo inevitable, Raquel sollozó:

—Mi señor, necesito ser tuya y que bebas de mí.

Solté una carcajada al escucharla y viendo que no se negaba a que usara su culo, decidí hacer realidad mi anhelo.

—Llevo soñando con esto desde que te conocí —comenté muerto de risa mientras alternaba mis caricias entre su sexo y su ojete.

Al no oponer resistencia, comprendí que esa pequeña zorra también lo deseaba y justo cuando tanteando el terreno, enterraba mi dedo en ese terreno vedado escuché a

que alguien llegaba al cuarto.

Mi cara de cabreo debió ser suficientemente elocuente, porque ni Lilith ni Sonia hicieron intento alguno de intervenir.

—Mi señor, mi dios, hazme tu esposa —suspiró la hija del judío mientras comenzaba a mover sus caderas en un intento de colaborar con mi labor.

Al decir “mi dios”, me recordó lo peligrosa que era y que era tan culpable cómo la mulata, de lo que me había convertido. Por eso y sin casi haberlo relajado, decidí lo tenía dilatado suficientemente y cogiendo mi pene lo acerqué a su ojete.

Ella al ver lo que hacía, poniendo cara de terror, me pidió que aprovechando que estaba empapada, que se lo metiera antes en el coño. Me pareció una buena idea y por eso, de un solo empujón, enterré mi estoque hasta la empuñadura.

Al sentir mi asalto, Raquel se retorció como una loca y me rogó que siguiera amándola de esa forma. Pero se la saqué y puse mi glande en su orificio trasero mientras le decía:

—No te estoy amando sino follando.

Tras lo cual y con un breve movimiento, desfloré la virginidad de su ano. Su grito resonó en esas cuatro paredes y la mulata quiso intervenir en favor de su amada, pero con un gruñido la avisé que ni lo intentara.

—No ves que le duele —murmuró aterrorizada.

Sabiendo que, si no me movía durante unos segundos, esa fulana rubia se iba a acostumbrar a tenerlo embutido, comencé a meter y a sacárselo con decisión. Al verse empalada, comenzó a gemir.

—Aliméntate de mí —pidió.

Con lágrimas en sus ojos y haciendo un esfuerzo sobrehumano, levantó su espalda. Todavía no sé cómo se las ingenió para poner su cuello a escasos centímetros de su boca, pero lo cierto es que al tenerlo tan cerca pude ver como su aorta se ensanchaba con cada latido. La fascinación que me produjo oír los palpitos del corazón de la rubia me hizo incrementar la velocidad con la que machacaba su trasero mientras luchaba por no caer en la tentación.

—Muérdeme, te lo ruego —gimoteó.

El sonido de su corazón me estaba volviendo loco.

—Muévete puta —le ordené con una sonora nalgada.

—Necesito que bebas mi sangre —insistió acercando aún más su cuello a mi boca.

Luché con todas mis fuerzas contra la tentación, pero la obstinación de la rubia porque la mordiera inclinó la balanza y acercando mis labios a la arteria, hundí mis colmillos en ella.

—Mi dios —aulló al sentir que todas y cada una de sus células se calcinaban.

El placer que recorrió su cuerpo fue demasiado salvaje para que lo pudiera soportar y cayendo sobre las sábanas, se desmayó. Lilith olvidando mi advertencia de que no interviniera se abalanzó sobre Raquel y llevando la boca hasta su cuello, la mordió con saña.

Saliendo momentáneamente del éxtasis, la rubia clamó de dolor y placer antes de sumergirse en un estado de quietud que bien podía asemejarse con estar muerto.

—Dame tu brazo —me exigió la mulata una vez se sintió saciada.

En ese instante, he de reconocer que estaba en una clase de limbo y que con mis neuronas saturadas de las feromonas de Raquel ni si quiera me enteré cuando Lilith abrió una de mis venas.

—Bebe de nuestro dios —susurró a Raquel mientras dejaba caer mi sangre sobre sus labios.

Todavía medio desmayada, la hija del judío se aferró a mi muñeca y con un ansia sin par, comenzó a sorber mi esencia.

—Transfórmate en diosa —clamó Lilith mientras miraba con ternura a la rubia.

Saliendo de esa fugaz indisposición, observé que contra mi voluntad la mulata había ejecutado el ritual y fuera de mí me lancé sobre ella. Lilith creyó que quería renovar mis votos con ella y por eso reaccionó tarde, cuando ya tenía clavados mis colmillos en su yugular.

—¡No sigas! ¡Es peligroso! —gritó al sentir que sorbía demasiado de su sangre.

En contraposición del placer experimentado durante mis experiencias anteriores, al llegar ese sabroso líquido a mi estómago noté como si un ácido me estuviera corroyendo las entrañas.

—Ayúdame —llegué a pedir a un segundo antes que toda mi existencia desapareciera de golpe y sin fuerzas, cayera desplomado sobre la morena.

Hoy sé que esa tarde estuve a punto de morir de sobredosis y que solo conseguí salvar mi vida, gracias a que la mulata se desmayó poco antes de que la cantidad de sangre ingerida fuera excesiva. Seguía alucinando cuando creí ver a una virginal sacerdotisa zarandeándome para que despertara. Creyendo que me pedía que le mordiera el cuello, al estar satisfecho, me di la vuelta para seguir durmiendo.

Lo siguiente que recuerdo fue a Sonia cuidándome mientras convalecía en una cama. Mi estado era tan lamentable que me despertaba durante unos segundos para acto seguido hundirme nuevamente en las tinieblas. Esa convalecencia duró hasta que ya era bien entrada la mañana cuando me desperté en el interior de la habitación que había compartido con Lilith.

«¿Qué hago aquí?», fue mi primer pensamiento.

El recuerdo de Raquel y de lo que consideraba su traición, me golpeó en la mente al intentar moverme.

«Dios, ¡cómo me duele la cabeza!», me quejé y a pesar de ello no pude dejar de alegrarme al saber que estaba vivo.

Sin fuerzas para salir de la cama, busqué ayuda, pero nadie acudió a ver lo que me pasaba.

«Tengo que levantarme», pensé al verme indefenso.

Temiendo que en cualquier momento llegara cualquiera de esas dos arpías, con gran esfuerzo, conseguí salir del cuarto. Pero al llegar al pasillo, las fuerzas me abandonaron y tuve que sentarme en el suelo.

—Mi señor, ¿qué hace aquí? —escuché que preguntaban.

Al levantar mi mirada me encontré con Sonia, mi dulce y fiel sumisa, la cual sin necesidad que se lo pidiera me llevó de vuelta a la cama.

—Tengo frío —me dejé caer desmoralizado.

La pelirroja dejó caer su vestido y metiéndose entre las sábanas, se pegó a mí. Sus senos desnudos presionando contra mi pecho, además de azuzar mi lujuria, fueron la estufa que en ese momento necesitaba. El calor que su cuerpo me transmitió consiguió alterar mis hormonas y contra mi voluntad, una bochornosa erección creció en mi entrepierna.

Al notarlo, la pelirroja sonrió y restregándose contra mí, susurró:

—Debe coger fuerzas, antes de nada.

Su respiración entrecortada y el tono de su voz me hicieron comprender aún antes de que pusiera su cuello a mi disposición, a lo que se refería.

—¿No tiene hambre?

Que esa monada se ofreciera como alimento no era nuevo, pero de alguna manera supe desde el principio que algo había cambiado en ella: ¡olía diferente! Intrigado

aproveché su cercanía para indagar el motivo.

«¡Qué raro!», me dije al descubrir un aroma agridulce que no existía antes en su piel.

Estaba pensando en ello cuando la joven, levantando su cara, me miró:

—Muérdeme —dijo la cría mientras cerraba los ojos y pegaba su cuerpo al mío.

La suavidad de su piel me pareció irresistible y buscando su contacto, fui acercando mi boca a su yugular. Sonia al sentir mi respiración tan cerca no pudo evitar excitarse y moviendo sus caderas, frotó su sexo contra el mío mientras me rogaba que la usara.

«¡Ten cuidado! ¡Tienes demasiada hambre!», tratando de mantener la cordura, me repetía una y otra vez.

Ajena a mis miedos y comportándose como una gata en celo, Sonia no dejó de restregarse contra mí hasta que no pude negarle el capricho y cediendo a sus deseos, la mordí.

—¡Mi señor! —gritó al sentir mis colmillos hundiéndose en su cuello.

Si de por sí el olor de la pelirroja era diferente, su sabor me resultó un delicatesen tan exquisito que reteniendo las ganas me dediqué a sorber su sangre lentamente y así degustar esa ambrosía como se merecía. Que la exanguinara de esa manera tan pausada provocó que el placer la fuera abduciendo de forma gradual pero creciente.

—¡Mi dios! —chilló descompuesta mientras sentía que traspasaba su energía a mí.

La humedad que desprendía su entrepierna empapó completamente mis muslos y eso lejos de contrariarme, me excitó. Por ello y sin dejar de extraer su esencia, premí a esa mujer introduciendo mi pene en ella.

Al llegar a mis oídos el sonido de dos corazones, caí en la razón de ese cambio.

—¡Estás embarazada! —exclamé impresionado.

Aunque Lilith ya me había avisado que uno de los efectos secundarios de mi transformación era incrementar exponencialmente mi fecundidad, nunca me había esperado comprobarlo tan pronto y no queriendo dañar al feto, tuve que hacer un esfuerzo para dejar de ordeñar a mi sumisa.

Al sentir Sonia que con mi lengua cerraba la herida de su cuello, se corrió y temblando de placer, comenzó a llorar mientras insistía en lo feliz que era junto a mí. Su insistencia me alertó y me quitó las ganas. Por ello, separándome de ella, esperé a que se hubiese tranquilizado para preguntarle la razón de comentar tantas veces ese extremo.

—Mi dios, no quiero que se olvide de mí cuando vea el cambio que han dado sus mujeres.

Intuí que la metamorfosis se había acelerado y queriendo ver a que se refería, le pedí que me ayudara a incorporarme. Al hacerlo observé que nuestro alrededor estaba repleto de un tipo de corteza de árbol y sabiendo que esa cosa algo tenía que ver con mi evolución, al ponerme en pie, comprendí que había vuelto a crecer al ver que la pelirroja apenas me llegaba al pecho.

—Llévame junto a ellas —pedí.

Aterrorizada, cayó a mis pies diciendo:

—Mi señor, no se enfade conmigo al verlas atadas. Fueron las damas Raquel y Lilith las que me exigieron que lo hiciera, porque decía que no se fiaban de lo que

podieran hacer mientras mutaban de piel.

«¿Mutar de piel?», me pregunté antes de buscar como un espejo.

Al hallarlo, me quedé petrificado al ver la imagen reflejada en él.

—¡No es posible! ¡Tengo alas! —proferí al contemplar que en mi espalda llevaba adosadas dos enormes: ¡Hasta ese momento no me había dado cuenta!

Me giré para verlas e instintivamente las abrí. La plenitud que sentí al aletear por primera vez fue algo indescriptible y más cuando todavía a mis pies, Sonia alcanzó a murmurar:

—Ahora nadie podrá discutir tu divinidad.

Todavía alucinado me fijé que los tonos brillantes de mi piel se habían intensificado y que la mejor definición de mi color era un dorado resplandeciente.

«Soy la viva imagen de un arcángel», sentenció horrorizado al saber que mi vida tal y como la entendía había terminado ya que jamás podría ocultar una metamorfosis como aquella: «Todo el mundo huirá de mí, ¡me verán como un monstruo!».

Me tomé unos minutos para hacerme a la idea. Lo que más me jodía era que lo que para Sonia era la demostración última de un supuesto origen celestial, para mí era una muestra de lo bajo en que había caído.

«Soy un puto chupasangre. Tengo que acostumbrarme», me dije hundido en la miseria.

La certeza de ser un ser parasitario me traía jodido y por eso mi malestar se incrementó exponencialmente cuando al salir al pasillo me encontré de frente no solo con Juncal, la madre de Raquel sino también con Mariana y con Alicia, las amigas de mi sumisa. Pero lo que realmente me indignó fue toparme con Gloria, la corredora que me follé en el parque.

—¿Qué hacen éstas aquí? —pregunté a Sonia molesto por tener ahí a todas las que en algún momento me habían cedido parte de su sangre.

Mi bella sierva respondió:

—Las he traído para alimentar a sus hembras.

Que se refiriera tan libremente y en su cara a la función que tenía reservada para esas mujeres, me hizo saber que todas y cada una de ellas habían aceptado su destino voluntariamente. Pero lo que más me impresionó fue que Gloria, acercándose a mí y con una sonrisa de oreja a oreja, me dijera mientras se acariciaba la barriga:

—Nunca le podré agradecer lo suficiente el haberme hecho madre.

Sus palabras hicieron que me fijara en las otras tres y para mi sorpresa, todas ellas lucían orgullosas sus vientres germinados.

«¡Voy a ser padre de cinco a la vez!», murmuré incapaz de asimilar que estaba predestinado a esparcir mi semilla por el mundo.

Justo entonces, Sonia acentuó el malestar que corroía mi corazón al decirme que necesitaba mi ayuda:

—¿Para qué? —de malos modos repliqué.

Sin perder la compostura, la pelirroja murmuró:

—Raquel me alertó del peligro que suponían y que bajo ningún concepto me podía acercar a ellas mientras usted no estuviera presente. Es más, Lilith, insistió en lo mismo diciendo que al mutar en diosas su hambre sería atroz y temían hacerme daño.

Hasta ese preciso instante, no me había dado cuenta de que en contra de lo que había supuesto, si Mariana y Alicia seguían vivas era porque la mulata no las había asesinado.

«¿Las habré catalogado mal?», pensé esperanzado al percatarme de que su teórico carácter depredador y asesino tampoco cuadraba con la preocupación que habían mostrado por Sonia. Por ello y venciendo la reluctancia que sentía hacía ellas, pedí a la pelirroja que acelerara el paso y que me mostrara donde las tenía maniatadas.

—¿Les llevo su alimento? —preguntó sin ningún rubor.

Nuevamente la falta de consideración hacía esas mujeres me enervó y un tanto molesto con ella, le solté un azote para que se diera prisa. La alegría que mostró la nalgada me hizo constatar que, en vez de verla como un castigo, esa loca la había interpretado como un premio.

Cosa que ratifiqué al oír que, dirigiéndose a las cuatro embarazadas, les decía:

—Llegó la hora de que sirváis de algo.

El júbilo contagioso de sus caras me impresionó y tratando de olvidar que voluntariamente se ofrecían a servir de comida, exigí nuevamente a Sonia que aligerara el paso. Al llegar al salón y no querer traspasar su puerta, asumí que era ahí donde Raquel y Lilith permanecían maniatadas y sin pensarlo dos veces, entré.

Juro que casi me caigo de culo por la impresión:

—¿Qué es esto? ¿Qué coño les has hecho? —exclamé y es que donde me esperaba ver a dos ninfas con apariencia de ángeles, me encontré a dos siniestros y negruzcos orcos que daban terror.

—Tus esposas están esperando que les demos de comer para terminar su desarrollo —contestó llena de pena.

Que fuera capaz de compadecerse de esos dos siniestros seres hablaba bien de ella, pero a mí me resultaba imposible mirarlos sin sentir ganas de vomitar.

—Son crisálidas enclaustradas dentro de su capullo —comentó.

Viendo el asco que sentía por las que se suponía eran mis esposas, mi fiel esclava me informó que yo era igual hasta que bebí de ella.

—No te creo —respondí: —Me hubiese dado cuenta.

Sin dar su brazo a torcer, Sonia me susurró al oído si no recordaba haber llevado una coraza como la que esos engendros llevaban.

—No —insistí y tratando de no enfrenar la realidad, me basé en el humor para negarlo: —Jamás he sido tan feo.

Soltando una dulce pero reveladora carcajada, la pelirroja rebatió mi argumento diciendo:

—Aunque cumplí con mi deber, he de decirte que tú, mi señor, eras aún más horroroso... tuve miedo de abrazarte.

—¿Cuándo?

—Hace unos pocos minutos. No recuerdas que te quejaste de lo sucio que estaba el cuarto y de qué por todos lados hubiera una especie de corteza gris.

—Sí —respondí todavía sin quererlo ver.

—Era tu piel. La coraza que protegía tus alas mientras evolucionabas al dios que eres ahora.

Sin creérmelo todavía, me acerqué con prudencia a esos seres. Al reconocer los ojos de la mulata en el primer orco, comprendí que decía la verdad y que estaban encerradas tras esa costra oscura.

—¿Cómo puedo ayudarlas? —pregunté ya convencido, pero sin gana alguna de tocar a cualquiera de esas aberraciones.

—Hay que proporcionarles sangre para que terminen de mutar y se desprendan del caparazón.

En ese momento valoré más si cabe el valor que había demostrado Sonia al

sacrificarse por mí y así permitir que mi evolución continuara. Quizás por eso exactamente, al observar en el pasillo a las cuatro mujeres que se habían propuesto voluntarias, la idea de entregarlas a esos orcos y poner sus cuellos cerca de sus enormes colmillos hizo que se me revolviera el estómago.

—Las matarán —argüí, no queriendo ser partícipe de una más que previsible desgracia.

—Sin tu intervención, seguro. Para eso estás aquí, tu presencia hace que se calmen.

Mirándolas, puse en duda sus palabras. No en vano esas bestias no dejaban de gruñir mientras olisqueaban a su alrededor tratando de averiguar de dónde venía ese olor a carne fresca. La chavala intuyó mis suspicacias y me azuzó a comprobar que lo que más necesitaban era una caricia mía.

—Estás loca si crees que voy a arriesgar una mano —repliqué acojonado y asqueado por igual.

Por enésima vez desde que el destino la puso en mi camino, la pelirroja me demostró la suerte que había tenido al hacerla mía cuando se me encaró diciendo:

—¡Mi señor! ¡Sus hembras lo necesitan! No puede escudarse en la repugnancia que su actual estado le provoca. ¿Qué hubiese pasado si yo, una humilde sierva, hubiera actuado así?

Su alegato, además de convincente, era irrefutable. Sin pretexto que aducir para negarme, con miedo y vergüenza, acerqué mi mano al primero de esos bichos. Como por arte de magia, sus gruñidos cesaron de inmediato y sacando la lengua, empezó a lamer mis dedos.

—Lo ve —dichosa de haber tenido razón, comentó: —Solo desean ser tuyas.

No pude llevarle la contraria y no porque tuviese razón, sino porque me costaba hasta el respirar. Jamás se me hubiese ocurrido pensar que su saliva fuese un afrodisiaco y que, al entrar en contacto con mis yemas, todas mis hormonas se pusieran a funcionar.

«Coño, estoy excitado», mascullé para mí al sentir la erección que crecía entre mis piernas.

Desconcertado por mi reacción, miré a Sonia en busca de ayuda, sin percatarme de que al hacerlo dejaba de vigilar a las que teóricamente eran mis “hembras”. Éstas vieron en mi error su oportunidad y lanzando un ataque coordinado, me tomaron entre sus brazos. Aunque en un principio temí por mi integridad física, no tardé en notar que no querían hacerme daño y que, a pesar de lo áspero de su piel, esos seres me estaban acariciando.

—¡Deja los juegos para después! —me reclamó la pelirroja: —Es hora de que evolucionen.

Admitiendo que tenía razón, le pedí que las trajera de comer mientras intentaba evitar que el bicho que escondía en su interior a Raquel me violara...

Ya me había conseguido zafar de esos brutales arrumacos cuando vi que Sonia entraba acompañada por las cuatro. Al fijarme en ellas, ratifiqué mi sorpresa al comprobar que ninguna de ellas parecía triste y mucho menos preocupada.

«Yo nunca me hubiese ofrecido voluntario y de verme obligado, estaría muerto de miedo», musité entre dientes.

Tratando de hallar un sentido a la docilidad que mostraban ante su más que posible sacrificio y no creyendo en nada espiritual, llegué al convencimiento que estaban dopadas, que de alguna forma nuestra química y más en concreto la mía alteraba sus neuronas, haciendo de ellas unos zombis sin albedrío.

«Esa es la única explicación posible: debemos segregar algún tipo de feromonas que les anula la voluntad».

Dando por buena esa conclusión, se me hizo más difícil exponer a las cuatro embarazadas al peligro y para aminorarlo en lo posible, las separé. Tras atar a Raquel lejos de Lilith, ordené a Sonia que me trajera a Alicia.

La pelirroja se atrevió a decir al acercarme a la que había sido su amiga y atrevió a decir:

—Mi señor, aunque sea una zorra ... cuide de ella.

—Lo haremos juntos —respondí y exponiéndome a las garras de Raquel, empecé a acariciar al orco dejando en manos de Sonia a la morena.

La hija del judío se retorció de gusto al sentir mis manos recorriendo su cuerpo y eso me permitió acercar a Alicia sin que se lanzase sobre ella. Sin dejar de tocarla, puse el cuello de la embarazada a su alcance para acto seguido susurrar en su oído:

—Bebe de ella.

Por curioso que parezca, la bestia me entendió y abriendo sus labios, hundió sus colmillos en su víctima sin volverse loca. La que si se mostró totalmente fuera de sí fue Alicia que, al sentir el mordisco, empezó a gemir de placer sin importarle el tener público. Y cuando digo público, me refiero a Juncal, a Mariana y a Gloria, las cuales se quedaron tan impactadas con el espectáculo que poco les faltó para aplaudir.

Tras unos cuantos orgasmos y muchos gritos, la morena se desmayó, momento que aproveché para separarla de Raquel.

—Tráeme a otra —pedí a mi sumisa.

Al no recibir respuesta, levanté la mirada y observé horrorizado que, comportándose como unas imbéciles, Juncal y Mariana se habían puesto al alcance de Lilith. Apenas tuve tiempo de retirar a la madre de Raquel, pero nada pude hacer antes de que Lilith cogiera a la gordita y la mordiera.

La violencia del modo en que clavó las mandíbulas en su cuello me hizo temer por su vida, pero afortunadamente seguía todavía sin saber qué hacer cuando escuché el

gemido de placer que daba Mariana al sentir que su agresora se alimentaba de ella.

—¡Dios! ¡Qué rico! —suspiró la gordita totalmente absorta.

Viendo la herida de su cuello, se me hacía cuesta arriba que con semejante tajo esa mujer estuviera disfrutando en vez de chillando horrorizada. Nuevamente las feromonas eran la única explicación plausible:

«Los cerebros de los humanos se colapsan al entrar en contacto con nuestra saliva», me dije y queriendo confirmar mis sospechas, decidí lamer la herida de la mujer.

La validez de mi teoría me resultó evidente. Ni siquiera me hizo falta chupar ese profundo corte, en cuanto sintió la humedad de mi lengua recorriendo su piel, la gordita se corrió, momento que aproveché para retirarla de las garras de Lilith.

El gruñido inhumano que brotó de su garganta me recordó que debía facilitar su metamorfosis.

—Ven —dije a Juncal.

Aun sabiendo que la iba a entregar al monstruo que en otro tiempo había sido una preciosa mulata, la cuarentona se acercó sin miedo. Sintiéndome verdugo y a la vez creador, expuse su cuello a la terrorífica dentadura de Lilith. Fue entonces cuando por fin se comportó como podía esperarse y con la piel de gallina al ver que ese oscuro ser se iba acercando con la intención de morderla, murmuró:

—Mi señor.

—Tranquila, estoy aquí para cuidarte y que no te pase nada —respondí tratando de calmarla.

Poco más pude hacer porque tras olisquear unos segundos alrededor de la garganta de la madre de Raquel, localizó su aorta y cerrando la mandíbula sobre ella, empezó a alimentarse.

Cómo ya había visto anteriormente, los ojos de su víctima se pusieron en blanco al sentir que era ordeñada cuando el placer se mezcló con el dolor en su mente. No queriendo perder detalle del cambio que iba a producirse en su agresora me quedé observando el modo en que la exanguinaba y al contrario que con Mariana, esta vez Lilith no estaba tan necesitada y por eso no se precipitó sorbiendo como una perturbada la sangre de Juncal.

El sosiego que demostró incrementó el gozo de su víctima y ante mis ojos, la cuarentona sufrió los embates de una serie continuada de orgasmos que la dejaron completamente noqueada. Se acababa de desmayar cuando de pronto, empecé a advertir que la costra que cubría a Lilith comenzaba a agrietarse.

«Ya empieza», pensé mientras retiraba a la madura para que no se viera afectada.

Ni que decir que me dejó impresionado el ser testigo de la caída escama a escama de toda la coraza que cubría a la mulata.

—¡No es posible! —barrunté al observar el modo en que su fealdad iba dando paso a una belleza sin par.

Si antes de esa etapa la mulata era ya una mujer extremadamente guapa, su hermosura se había intensificado y la joven alada que yacía en el suelo todavía atada era de una beldad indescriptible.

Ensimismado en la mutación a la que se estaba viendo sometida Lilith no me fijé en la hija del judío, como tampoco en que Sonia había decidido entregarle a Gloria y

que imitando a su compañera la rubia se había puesto a drenar las venas de la corredora sin avorazarse.

—Mi señor, fíjese en su otra hembra —escuché que asombrada Sonia me decía.

Al girarme, me quedé sin habla al contemplar a la diosa en la que se había transformado. El negro opaco de sus alas realzaba el tono dorado de su piel:

—¡Qué belleza! —con la respiración entrecortada murmuré mientras Raquel se comenzaba a despertar.

Al no estar habituada a su presencia, al estirarse, la muchacha tiró un jarrón con sus alas y si no llega a ser porque mi sumisa estaba al quite y lo cogió en el aire, se hubiese hecho añicos al estrellarse contra el suelo.

—Por fin, hermana: ¡Isis y Neftis se han rencarnado! —comentó mirando a la mulata.

En ese momento, Lilith se estaba acariciando las plumas de su espalda frente a un espejo y sin siquiera, mirarla contestó:

—Nuestro destino era convertirnos en diosas y ¡lo hemos conseguido! ¡El mundo será nuestro!

No supe catalogar si esa afirmación era una promesa o una amenaza. Pero lo cierto fue que al escucharla de sus labios comprendí que su intención era gobernar el orbe y por ello, comencé a sudar:

«Pero ¿qué he hecho?», me dije al corroborar que ese alado ser lucía una férrea determinación en su rostro.

Esas prevenciones iniciales se convirtieron en terroríficas certezas al caer en la cuenta de que era la segunda vez en que Raquel había hecho referencia a la historia egipcia, la primera cuando comentó que la última triada conocida había sido la formada por Keops y sus dos reinas y la última al atribuirse el ser las reencarnaciones de las dos principales diosas egipcias.

«De ser así yo sería un nuevo Osiris y tomando en cuenta cómo se supone que murió el primero, debo andarme con cuidado de éstas dos», mascullé mentalmente al recordar que ese antiguo Dios había muerto descuartizado tras haber embarazado a Isis y a Neftis.

Ese recuerdo y la confirmación de que solo me querían para procrear sus hijos, incrementó mi malestar y sin despedirme de ellas, salí de la casa. Ya en el jardín, el instinto de la bestia que llevaba dentro me hizo extender las alas. La sensación de poder que sentí al batirlas nubló mi entendimiento y sin pensar en que alguien podría verme, surqué los cielos por primera vez...

Al contrario que en las historias de vampiros, mi cuerpo me pedía buscar los rayos del sol. Por ello volé alejándome de las nubes mientras una emoción creciente de libertad crecía en mi interior.

«¡Qué maravilla!», exclamé al sentir que el calor del astro rey me insuflaba nuevas energías.

Poco a poco, fui adquiriendo confianza y tras una serie de toscas piruetas, mi errático vuelo fue dejando atrás las vacilaciones iniciales e incrementando su armonía.

Hoy sé que mis plumas son una especie de celdas fotovoltaicas que absorben la energía de la luz solar y la convierten en una parte importante de mi alimento, pero por entonces esa vertiente de mi naturaleza me era desconocida y al sentir que el sol recargaba mis pilas, mendigué su contacto planeando hacia él.

Mientras cada una de mis células absorbía su dosis sentí crecer tanto mi fuerza como la necesidad de poseer a una hembra de mi especie y recordando el brillo dorado de la piel de esas arcángeles recién nacidas, me vi obligado a retornar a la casa a tomar posesión de esas dos.

Mientras volvía, la imagen de Raquel y de Lilith se fue haciendo fuerte en mi interior a la par que mi deseo. Ya en el chalé, todo mi ser hervía de pasión y al encontrarme la puerta cerrada, no dudé en darle un empujón. Mi nueva fortaleza quedó patente cuando estalló hechas astillas. Pero no pude quedarme pensando en ello al contemplar que una docena de cuerpos desmembrados daban una nueva y cruel decoración a la casa.

Con la certeza que nuestro anónimo enemigo nos había hallado recorrí las diversas estancias tratando de encontrar alguna evidencia que me hablara de ellas. Para mi desesperación lo único que hallé fue los restos esparcidos de dos de las mujeres que había preñado. A la primera que descubrí fue a Mariana. Le habían cercenado la cabeza y habían dejado tirado su cuerpo en un rincón.

—Malditos hijos de perra —rugí al saber que al matarla habían asesinado a un miembro de mi proge.

El ansia de venganza se incrementó a límites inenarrables al toparme con Gloria muerta en el mismo salón donde la había visto por última vez. Desconozco la razón por la que, al entrar en esa habitación y observar las manchas de sangre en sus paredes, visualicé en mi mente la sanguinaria escena que había tenido lugar ahí con la misma claridad que hubiese tenido de haber sido testigo de esta.

—Les haré conocer mi ira —me juré mientras recolectaba información de la matanza.

Por el olor pude saber que el resto de las embarazadas no habían resultado heridas, a diferencia de Lilith y de Raquel cuya sangre hallé diseminada por doquier.

—No se rindieron fácilmente —sentencié al ver las bajas que habían sufrido sus atacantes.

El orgullo que sentí al conocer su resistencia se fue transformando en inquietud al hallar pruebas en las paredes de las heridas recibidas por sus cuerpos. Los restos orgánicos proyectados hasta el techo fueron la confirmación de la gravedad de estas y ya transformado en una fiera que clamaba venganza me puse a seguir su y traspasando los límites del chalé, perseguí a sus captores por las calles de Madrid.

Supe que había llegado a mi destino al descubrir en la brisa su rastro y convertido en un perro de presa cuyo único propósito en la vida era vengar esa afrenta, derribé la puerta de la nave donde se habían escondido.

Cegado por la furia y sin que lo viniera venir, le rompí el cuello al primer enemigo con el que me topé. Poseído por el depredador que se escondía en mí, estreché el cerco matando a tres secuaces que se atrevieron a salir a mi camino.

Todavía con mis mandíbulas cerradas sobre el último, me llegó un olor conocido y supe por fin con quién me enfrentaba:

—Gutiérrez... si tienes huevos, ¡ven por mí! —reté al capullo encargado de la investigación de tantas muertes con un grito.

Mi llamado retumbó entre esas paredes y durante unos segundos, dio la impresión de que el tiempo se había detenido. Entonces llegó a mi oídos un rugido tan profundo como maligno que reconocí como sobre humano.

—No te permito que me llames con el nombre del mortal que fui. Soy Seth, ¡el verdadero y único dios vivo!

Si no llega a conocer la historia y saber que, según los antiguos Osiris, ósea yo, había muerto en sus manos, hubiese pensado que estaba loco y me hubiera tomado a guasa su respuesta.

Todavía confiaba en ser superior cuando de improvisto al cruzar un portón me encontré de frente a él y con disgusto observé que se había transformado en una alimaña alada como yo.

—Vaya, también eres un chupasangre —comenté tratando de aparentar una tranquilidad que no tenía.

Ese deliberado insulto cayó como un obús en mi adversario, que increíblemente se creía esa farsa de que éramos la reencarnación de unos seres mitológicos y que nuestro destino era cometer sus mismos errores.

Buscando en la historia algún punto flaco del que aprovecharme recordé que, según unas inscripciones egipcias, el motivo por el que Seth odiaba a su hermano era que éste había mantenido relaciones sexuales con su esposa Neftis. Por ello y sin saber que en ese preciso instante la mulata y Raquel estaban maniatadas en una sala adjunta, riendo le comenté:

—Eres igual de cornudo que tu antepasado o quien crees que se ha estado follando a la zorra de tu esposa.

—Así debía ser para que se cumpliera la profecía y pudiera renacer —contestó lleno de ira.

Para los egipcios, solo a través de un engaño, Seth había conseguido dar muerte a Osiris y viendo la evidente molestia que mis palabras le habían causado, decidí seguir azuzando su cabreo para que cometiera un error.

Por eso, mirándole a los ojos, insistí:

—No te imaginas como se reía de ti mientras la poseía. No paraba de decir que yo sí era un hombre y que conmigo había descubierto lo que era el placer.

—Mientes —replicó con llamas en su mirada: —Neftis se entregó a ti engañada por Isis.

Respondí a esa memez con una carcajada y recalcando el desprecio que sentía por él, repliqué:

—Serás imbécil. Lilith, tu adorada Neftis fue mía, antes que Raquel. Vino a mí en busca de un placer que un eunuco como tú era incapaz de darle.

Humillado y sin poderse contener, el antiguo comisario cargó contra mí. Supe que le había subestimado en cuanto cerró sus garras alrededor de mi cuello y luchando realmente por mi vida, intenté zafarme de él.

«¡Mierda! ¡Es enorme!», pensé mientras intentaba tomar aire.

Su fortaleza cuando era humano superaba ampliamente la mía y ahora que se había transformado en un vampiro, la diferencia entre las dos se había multiplicado exponencialmente.

—Ahora no te ríes —me gritó al observar las dificultades que tenía para respirar.

Sabiéndose superior, decidió que la infiel y la que en teoría era mi esposa fueran testigos de mi muerte. Por eso, arrastrándome cogido del cuello, me llevó a la habitación de al lado.

—Observad como el unido Dios vivo acaba con este advenedizo —gritó a las dos.

Tenía claro que ese maldito iba a matarme, pero no por ello me amilané y aprovechando su exceso de confianza, le lancé una patada a los huevos. Supe que le había cogido desprevenido al sentir el brutal impacto con el que mi tibia golpeó su entrepierna y más cuando, antes de que su desgarrador aullido de dolor retumbara en mis oídos, llegó el sonido del modo en que mi pierna sus testículos.

A pesar de creerse un dios, ese chupasangre tenía el mismo talón de Aquiles que el común de los humanos y no pudo reponerse a ese ataque. Con su virilidad hecha trizas, el dolor le inmovilizó y por ello nada pudo hacer cuando Sonia le sajó el cuello con un cuchillo.

Herido de muerte, me soltó y descargó su ira contra la preciosa pelirroja.

—Maldito —chillé y recogiendo del suelo el arma, hundí una y otra vez su hoja en el pecho de mi oponente mientras tirada en un rincón, mi fiel sumisa se debatía entre la vida y la muerte.

Gutiérrez no tuvo ninguna oportunidad de salvarse. Ofuscado por el deseo de venganza seguí rajando su cuerpo y solo cuando escuché a Raquel que me pedía que las liberase, entendí que hacía tiempo que había muerto y que ya nada podía hacer nada en contra nuestra.

—Date prisa, ¡todavía podemos salvarla! —insistió la rubia angelical señalando a Sonia.

Creyendo en su palabra, liberé a ambas de sus ataduras y mientras Raquel directamente se ponía a verter su sangre sobre la boca de la pelirroja, Lilith me llevó hasta ella.

—Debemos ser los tres quienes le donemos la vida —susurró en mi oído mientras usando una de sus uñas rasgaba mi antebrazo.

No hizo falta que me aclarara nada más y llevando mi herida a los labios de la moribunda, derramé sobre ellos mi roja esencia. Reproduciendo mis actos, la mulata seccionó su muñeca y regaló una segunda oportunidad a la mujer que nos había salvado la vida.

Al igual que había ocurrido con Susana, el cuerpo de Sonia reaccionó a ese aporte convulsionando sobre el suelo sin que pudiésemos hacer nada por ayudarla. Intentando asimilar la energía donada, la cría se vio sacudida por un dolor atroz mientras sus células humanas iban mutando a su nueva naturaleza.

El sonido de sus aullidos se fue amortiguando, haciéndonos saber que el proceso estaba terminando.

—Tómala en brazos y volvamos a casa —escuché a la mulata decir antes que, junto a Raquel y extendiendo sus alas, saliera volando.

Obedeciendo, cogí a la pelirroja y alcé mi vuelo. Ella al sentir mi piel sonrió diciendo:

-Mi señor, aunque seamos tres diosas, siempre seremos tuyas.

Tras lo cual, pegando su cara a mi pecho, se acurrucó y se quedó dormida...

Fin



Índice

1	6
2	8
3	12
4	15
5	18
6	22
7	25
8	27
9	32
10	35
11	38
12	40
13	43
14	46
15	48
16	50
17	54
18	56
19	59
20	62
21	67
22	70
23	73
24	76
Fin	76